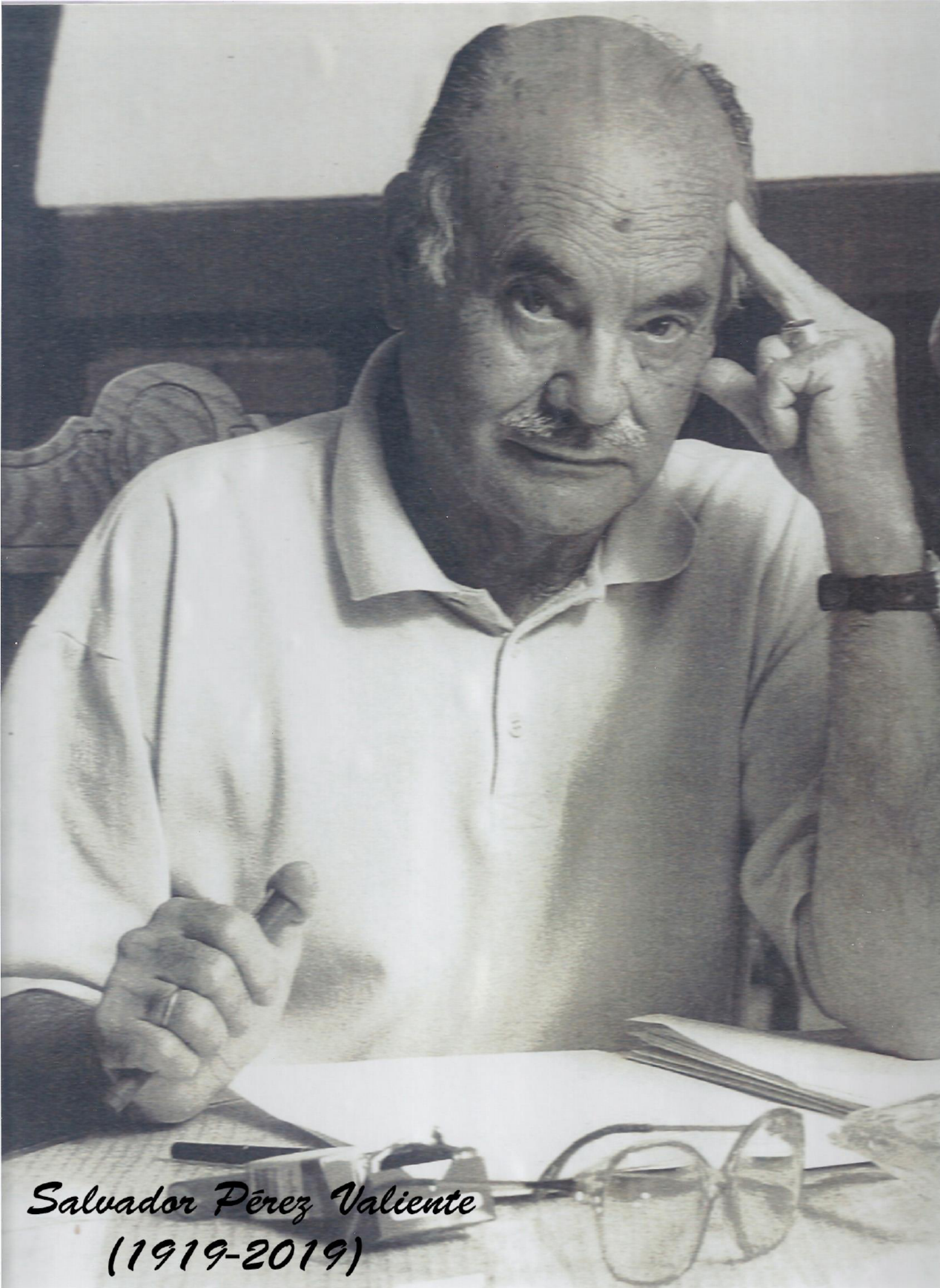




*Salvador Pérez Valiente
(1919-2019)*



Fortuna es tierra de poetas, es tierra de poesía, la que mana de sus entrañas; versos que acompañan, desde tiempos inmemoriales, a los fortuneiros y fortuneiras en el agua que chorrea de las paredes de la Cueva Negra; poesía que fluye con las ninfas de ese agua en la fuente de la que siempre hemos bebido y que de una u otra manera nos ha inspirado y ha inspirado a tantos y tantos fortuneiros, de nacimiento o de corazón, a transmitir con su pluma lo mejor y también lo peor, que ha cuajado bajo las estrellas de esta milenaria tierra, agua escasa pero llena de vida. No hay poeta fortuneiro, yo diría no hay poeta que pise la Cueva Negra, que no sienta la necesidad de agradecer con sus versos a esta fuente de inspiración, y Salvador Pérez Valiente, fortuneiro de adopción, no podía ser menos y así dejó escrito,

Cueva Negra, agua delgada,
y en la puerta el pino verde
que pone la tarde clara.
Paisaje donde se acaba
todo lo que se termina
o lo que empieza. La vida
cabe entera en la mirada.

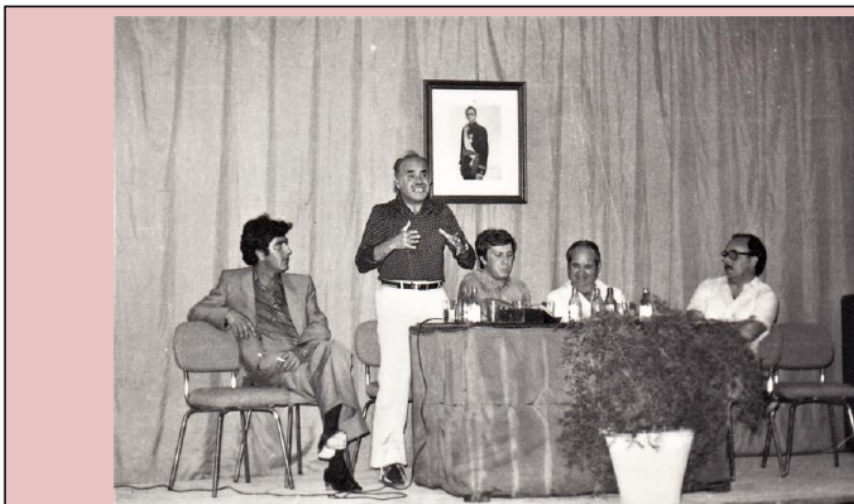
14 libros de poesía, alguno de prosa, conocido conferencista y articulista del Madrid de la última mitad del siglo pasado, poeta y periodista, Salvador Pérez Valiente, nació en 1919; durante su vida escribió mucho y bien, por todo ello, el Ayuntamiento de Fortuna tuvo la noble iniciativa el 11 de abril de 1981 de poner su nombre a una calle, y en 2002 de recopilar y editar la fenomenal publicación en dos volúmenes de sus obras completas, así contribuyó su pueblo, con acierto, a ofrecer al mundo entero el legado de este fortuneiro ilustre; ambas iniciativas fueron aplaudidas por toda la cultura regional, para reconocimiento de nuestro municipio.

Pero también hay que decir que mucho y bien se ha escrito de Pérez Valiente, especialmente por literatos expertos, algunos de ellos, buenos conocedores del poeta y su obra, que me siguen en este cuadernillo en el que La Voz de Fortuna, con la sensibilidad por la cultura local que le caracteriza, publica para rememorar y poner en valor al poeta; por eso, es un honor para este alcalde, que les agradezco, el que me hayan ofrecido participar de este homenaje que una vez más rinden a un poeta de nuestra tierra. Acertado sin duda el momento elegido, habida cuenta de que el próximo año se conmemorará el centenario de su nacimiento, será ese un buen acontecimiento para rememorar la importancia y grandeza de su obra. En esta ocasión como humilde aficionado a la

lectura; por mi parte resultaría vano el ejercicio de detallar aquí su prolija obra o de encasillarla en una corriente concreta, seguro que sería injusto en la redacción de la dimensión intelectual y literaria del Poeta, lo dejo para los expertos que siguen en esta publicación.

Pero sí puedo decir que Salvador Pérez Valiente es uno de los pocos poetas de nuestra región que en su época jugó en la primera división de la creación literaria de nuestro país, intelectual que cultivó durante toda su vida diversas facetas dentro de la escritura, desde Madrid, la ciudad de su vida, fue todo un referente de su generación para los artistas de la Región de Murcia que querían asaltar la Capital con sus creaciones: pintores, escritores, escultores y poetas buscaban el calor de este fortuneiro, para que les abriera las difíciles puertas de la promoción nacional y dar a conocer su talento en el Madrid de la segunda mitad del siglo XX, al parecer él tenía muchas llaves en ese sentido; asiduo al Café de Gijón, la dilatada trayectoria de Pérez Valiente y su enorme inquietud intelectual le hacen acreedor de una aureola de influencia entre el poder establecido; el periodista-poeta, fue conferencista en Europa y América, cultivó también la prosa en su *Libro de Elche*, en 1949, disciplinas que ejerció con brillantez y maestría de acuerdo con la opinión experta de sus contemporáneos, quienes también le auparon como el representante genuino del grupo de poetas denominado Juventud Creadora.

Todo cuanto sé del poeta como persona, más allá de su obra, lo conozco a través de uno de los fortuneiros que más ha interactuado con Salvador Pérez Valiente,



Fortuna, 13-06-1981. Acto de homenaje a poetas. De izqda. a dcha.: Alonso Gómez (concejal de Cultura), Salvador Pérez Valiente, José Luis Martínez (alcalde), Francisco Sánchez Bautista y Cecilio Hernández Rubira. (Foto: J. Palazón).

otro poeta local, Cecilio Hernández. En el transcurso de todas las charlas que mantengo con Cecilio, es raro en la que no aparezca una frase, un comportamiento, anécdotas de la vida de Salvador..., con una definición clara, gracias a la maestría en los relatos y las semblanzas de Cecilio Hernández, gran admirador de la poesía de Salvador, al que define siempre como uno de sus maestros, y en palabras de él mismo, "le profesa un afecto, casi como el de un padre"; yo diría que el lenguaje directo de la poesía de Salvador, marcó su vida poética.

Recuerdo a Salvador Pérez Valiente, con admiración desde que le conocí en la presentación de su libro *Cuaderno del escolar*, en 1993, por cierto, libro editado también por el Ayuntamiento de Fortuna. Lo recuerdo caminando con su bastón por las calles de Fortuna, charlando con algún conocido o abstraído en la puerta de una cafetería del pueblo, o en la presentación de sus obras completas en la biblioteca municipal, en aquella ocasión ya estaba mayor, eso sí, lo intuía indiferente al acontecimiento, a pesar de que se notaba en el ambiente, por las penencias y la admiración que despertaba, que estábamos ante un poeta de los que dejan huella, aquel día en Fortuna, lo más granado de la literatura regional estaba presente en el salón de actos de la biblioteca.

En el año 2000 comenzaba un camino hacia la alianza del Poeta con su pueblo; Cecilio fue la persona elegida, para hacer de nexo de unión, en las acciones que iban a acontecer entre el Ayuntamiento de Fortuna y Salvador, primero fue testigo en Madrid, junto a la familia de Salvador, el concejal de Cultura y el alcalde de Fortuna, de la firma de la cesión de la biblioteca personal un 1 de diciembre de 2000, en ella entraban cuadros y otras pertenencias del poeta al Ayuntamiento de Fortuna, posteriormente también fue el comisario, digámoslo así, el responsable técnico de poner en valor las *Obras Completas* de Salvador, en 2002, un trabajo que puso a Fortuna en el punto de mira de poetas y escritores; aún hoy siguen llamando y preguntando por esta edición de *Obras Completas*.

Salvador muere en 2006 y el Ayuntamiento se trae el legado de Salvador Pérez Valiente a Fortuna; a expensas de recibir el trato que se merece, la ubicación del mismo en la Biblioteca Municipal, en la *Sala del Poeta Salvador Pérez Valiente*, tal y como se firmó en Madrid en el año 2000. Sin duda es un legado para la historia de Fortuna que desde el equipo de gobierno, queremos poner en valor, durante la conmemoración del aniversario

del nacimiento del poeta, que será en enero de 2019, fecha como he dicho antes ideal para rememorar la importante obra de este fortuneiro, y que contribuirá a rescatar de la frágil memoria colectiva la obra de un escritor fundamental en nuestra historia reciente, perpetuando así su nombre y asociándolo al devenir del pueblo al que escribió, en el que vivió, sufrió y en el que encontró la fuente de inspiración para su poesía.

José Enrique Gil Carrillo
Alcalde de Fortuna



Hace ya unos años, en 2002, apareció publicada y reunida en dos volúmenes toda la poesía de Salvador Pérez Valiente, con el título de *Obras completas*, en una edición, realizada con gran decoro por la editorial Nausicaä y el Ayuntamiento de Fortuna, patria de adopción del poeta murciano. Su figura es la más representativa de la Posguerra murciana entre nuestros poetas, aunque Pérez Valiente residió en Madrid y allí desarrolló su vida profesional y su espléndida y muy significativa obra poética. La edición está prologada por Cedio Hernández Rubira, ingeniero y poeta de Fortuna, que en breves páginas realiza una valoración entrañable de la no menos entrañable figura y obra de aquel poeta rebelde y enojado cuando en España era difícil protestar por nada.

Perteneciente a la generación de José García Nieto, de Claudio Rodríguez, de José Hierro y de tantos otros poetas de los años cincuenta y sesenta, estuvo presente en las revistas más importantes de su tiempo, entre ellas la ya mítica *Garcilaso*. Poeta de lenguaje claro y verso fértil, creador de espléndidas construcciones clásicas (son especialmente impecables sus sonetos), como tantos poetas de su generación dominó igualmente un verso libre enriquecedor y fluido creado con una gran originalidad y estilo personal, basado en la gran extensión en algunos casos, como ese magnífico *Que trata de un amor*, prolongada elegía que merece un lugar de honor en la historia de la literatura del siglo XX. Creador también de una poesía de paisaje, muy característica igualmente de los poetas de su generación, en ella plasma el sentimiento ante un lugar, que también es vivencia del tiempo, memoria y emoción.

Nacido en la calle de Simón García, de Murcia, el 23 de enero de 1919, fue Periodista y Licenciado en Filosofía y Letras, Redactor Jefe de los Programas para Hispanoamérica y Jefe del Departamento de Publicaciones de Radio Nacional de España. Desde sus años de formación, ocupó un puesto relevante dentro del grupo de la «Juventud Creadora» en Madrid formado por los poetas del Café Gijón Rafael Morales, Ramón de Garcíasol, Marcial Suárez, José Luis Prado Nogueira, José García Nieto y los pintores Rafael Pena y Redondela. Fue, en su madurez, uno de los fundadores y directores de la revista murciana *Tránsito*, con Dionisia García, Salvador García Jiménez y Francisco Sánchez Bautista.

El 13 de julio de 2006 murió en Palencia y la noticia pasó inadvertida en la prensa nacional y regional. Tan solo un artículo, publicado por el prologuista

de sus *Obras completas*, Hernández Rubira, puso de relieve la desaparición de este excelente poeta murciano. No habíamos sabido nada del poeta desde la edición de esos dos espléndidos volúmenes de su obra total, publicados en 2002.

Pérez Valiente es una de nuestras grandes figuras literarias y su significación entre nosotros es indiscutible. Sus obras, que evolucionaron a lo largo del tiempo desde una poesía comprometida y de protesta, en cierto modo, calificable de social, hasta una lírica sentidamente elegíaca, aparecieron con prudente y distanciada fecundidad. Su primer libro, *Cuando no hay remedio* (1947), deja sentir la dureza ante temas desolados no exentos de emoción. Una poesía que ya mostraba las características de su estilo exaltado y dialéctico, presidido por una vehemencia expresiva que fue ya sello de identidad suyo para siempre. Seguirá *Por tercera vez* (1953), que obtuvo un accésit al Premio Adonais y en el que figura su conocido y descarnado poema «Murciano de dinamita», con su recuerdo emocionado a Miguel Hernández. Precisamente, en ese sentido de homenaje se descubría en fecha tan temprana un cierto nivel de atrevimiento, que por cierto era común a algunos de los poetas del grupo. Su admiración por poetas como Hernández, Alberti o Pablo Neruda era compartido por poetas integrados plenamente en la España oficial del momento. Hay que recordar siempre que Pérez Valiente trabaja en Radio Nacional de España.

Tras un dilatado silencio, publicó *Lo mismo de siempre* (1960), en el que lleva a cabo variada recopilación de sus poemas con atención a un tema que irá adquiriendo fuerza en los libros siguientes: el paso del tiempo. Porque es muy cierto que la emoción y la angustia ante la temporalidad, la fugacidad de los días y el transcurrir hacia el devenir desarrollarán reflexiones que son constantes a partir de ahora en su obra. En 1961, recibiría el premio Polo de Medina, que otorgaba la Diputación Provincial de Murcia, por su libro *No amanece* (1962), que, con *Volcán*, cerrará una etapa en la que Pérez Valiente había entrado de lleno en la poesía social con composiciones en las que tanta importancia tienen los paisajes —también diversos— con alguna presencia de entornos murcianos. Como todos los poetas de su generación la tierra y el paisaje, la naturaleza y las referencias a lugares concretos de nuestra geografía alimentarán gran parte de su poesía, pero no se trata como tantas veces se ha explicado de una poesía geográfica sino de un sentimiento de la naturaleza que se enraíza en la poesía española más auténtica del siglo XX desde Unamuno y Antonio Machado.

Salvador Pérez Valiente, poesía del tiempo y de la soledad

El paisaje y la naturaleza también en Pérez Valiente son pasión y sentimiento, vivencia e influjo de un transcurrir con referencias a una historia o una leyenda determinada, pero también a un sentimiento de posesión vital y de plenitud.

Pero lo esencial en estos libros es la muestra de inquietud rebelde y el tono constante de ruptura establecido, de independencia poética, en la que desde luego comparece, sin embargo, con cierta insistencia la ternura y la emoción. Otros libros suyos, en los que inicia una andadura elegíaca, donde el tiempo es una referencia constante con la aparición de los recuerdos como imagen detenida del pasado, son *El que busca* (1973) y *Con odio, con temor, con ira* (1976), que obtuvo el Premio Francisco de Quevedo del Ayuntamiento de Madrid. Un importante valor tiene en la poesía de Pérez Valiente a partir de ahora la memoria y los recuerdos con todo lo que de vitalismo intimista lleva consigo el cultivo de una referencia vital al pasado, al tiempo transcurrido, a la emoción del tiempo en definitiva.

En estos libros triunfa claramente su poesía sincera y desnuda, aunque sigue apareciendo una gran variedad de temas, motivos y fórmulas expresivas. Un signo muy claro de esta poesía es su autenticidad, a la que contribuye la vehemencia expresiva y sobre todo el permanente anhelo de revivir emociones que son siempre verdad. No hay alambiques ni artificios engañosos, todo en Pérez Valiente es desnudez y sinceridad. Son poemarios estos de recopilación, mientras que el siguiente, *Tarde a perros* (1979), compuesto solamente por nueve poemas, ofrece una rara vertiente doméstica representada, incluso, en una interesante, personal y poco habitual poesía canina, de exaltación de la fidelidad y lealtad del mejor amigo del hombre.

Seguirán nuevos libros, como *Tiempo en Ávila y yo* (1980) y *La memoria, ese olvido* (1984), en los que recoge, con una gran variedad de registros, la experiencia del tiempo, el calor de los recuerdos, mientras regresa a espacios familiares lejanos que recuperan su infancia y su juventud, con los objetos cotidianos que forman parte de su reflexión vital, con su vertiente doméstica representada, de nuevo, en una poesía canina, constante en su obra. A la autenticidad antes destacada contribuye la presencia de la realidad cotidiana y de los seres y las cosas que hacen esta poesía muy próxima y real, vivida y capaz de llegar al lector sin intermedios innecesarios ni alambiques deformadores.

Más tarde publicaría *Así en la tierra* (1988), que recibió el Premio Ángaro de poesía, un canto de dolor y soledad que el poeta, con amargura, vive en la

Viene de la página anterior

tristeza de su destino, y que confirmará, en actitud aún más solitaria y dolorosa, en su *Que trata de un amor* (1991), donde nos muestra, una vez más, su inigualable lenguaje personal, directo, sobrio y sincero.

Su último libro, *Cercado de mí* (2000), confirma la personalidad de un poeta enérgico, muy original, de poderosa fuerza expresiva, que sabía hacer sentir a sus lectores la emoción de la vida y del tiempo, de los recuerdos, de la amistad, de los paisajes y de tantas cosas que colmaban su alma de creador incansable, olvidado en los últimos años, a pesar de algunos esfuerzos como la meritoria edición de sus espléndidas *Obras completas*.

Como señala Hernández Rubira, desde el primer libro, «la poesía de Salvador Pérez Valiente discurre por unos cauces de turbulenta pasión e inconformismo. Su inconformismo cívico hace que el poeta fustigue con dureza el sistema de la sociedad hipócrita», de manera que toda su obra poética representa el «clamor permanente del alma angustiada que se debate entre la fuerza interior de un gigantesco corazón y la fuerza exterior de una sociedad corrompida por el sistema». En definitiva, un poeta nuestro que merece ser conocido, recordado y releído en esta magnífica edición completa.

La permanencia de la mejor poesía de Pérez Valiente es sin duda aquella en la que el poeta se angustia ante las urgencias metafísicas que van a definir su obra en los últimos años, y que se ponen de manifiesto en sus últimos poemarios. Está claro que el poeta ha alcanzado la plenitud cuando se enfrenta a dos sentimientos que van a definir gran parte de su poesía: la soledad y el tiempo. Cuando publica su libro *Así en la tierra* muestra el poeta una desesperada elegía de la soledad, que pone de manifiesto inquietudes que no son en ese momento nuevas en su poesía, porque ya se manifestaron con claridad en su libro anterior, *La memoria, ese olvido*. Aunque ahora sí nos ofrece una asimilación serena de unos sentimientos de desolación asumidos con desnudez, pero también con una extraordinaria intensidad.

Los gestos de la vida cotidiana, enlutados por un desesperado dolor, vinculados a recuerdos muy concretos, en los que la figura, desaparecida físicamente, de la esposa, despiertan notas altamente emotivas. Pero esta misma y sentida incomodidad con el mundo, este ver transcurrir su tiempo con especial dureza, adquieren un sentido de universal desolación, sublime y total.

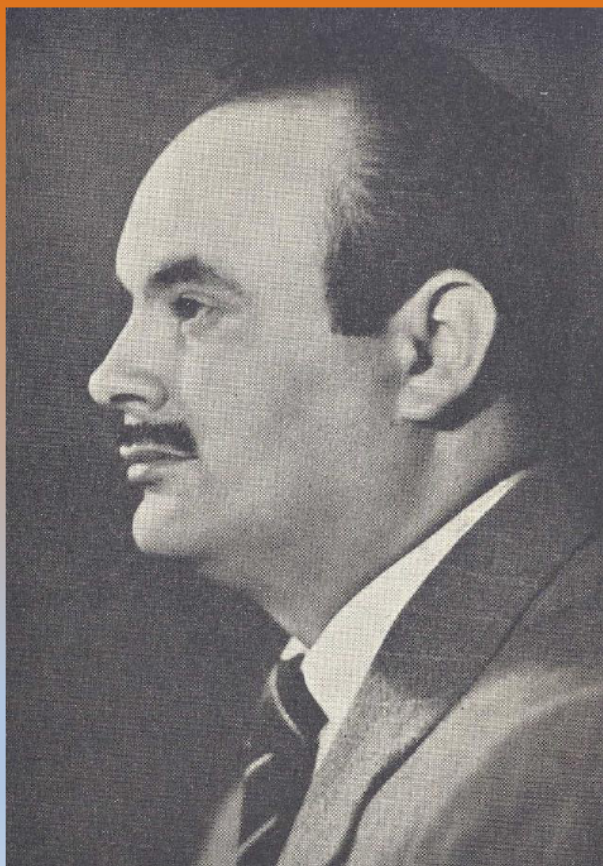
Esa ha sido siempre la gran virtud de este poeta directo e intenso: su enfrentamiento con el mundo hostil, inhóspito e injusto, con ese entorno

deshumanizado que denuncia sin reparo alguno. Una poesía de vital dureza, de conseguida modernidad, que resuelve con desnudez de sentimientos y con expresión directísima.

El sentimiento del paso del tiempo se agudiza en estos años de plenitud de Salvador Pérez Valiente. Había estado muy presente en algún libro concreto, como *Tiempo en Ávila y yo*, pero ahora confluye con la poderosa filosofía de la memoria desolada, con el desamparo de la soledad que vive en los gestos cotidianos, incluso en la presencia de esos compañeros familiares, los perros, tan presentes en su poesía.

La obra de Pérez Valiente, extendida en el tiempo, forjada por los libros de reconocida inmersión en los campos de la poesía social y existencial de los sesenta, creador de una desnudez expresiva que marcó en su momento hitos históricos cercanos al tremendismo, alcanza en la etapa de plenitud la subjetividad de lo personal y propio, amparado por la gran lección de la autenticidad, el signo más claro de todos los planteamientos poéticos del Pérez Valiente del inicio, del final y de siempre.

Francisco Javier Díez de Revenga
Universidad de Murcia



La obra poética de Salvador Pérez Valiente



Recibo la vida entera de Salvador Pérez Valiente, en un sobre rústico y en catorce trozos, que son los libros que jalonan su andadura poética, con la letra de su mano en las dos caras del papel, y no puedo contener una emoción con sabor antiguo de amistad, con respeto sublime al maestro del decir, con palabra precisa y sensibilidad cierta, aquella otra emoción de mi juventud, cuando recibía su verso en nuestra Fortuna querida. Me asalta una extraña tristeza, como la del poeta cuando nos dice: "Sufro a esta hora la tristeza de aquel adolescente / que iba con ella a su esperanza" y, a la vez, una gran alegría por ver recopilados, en dos sencillos tomos, sus versos y, albergando este calor, el "Cortao de las Peñas" como un grito desgarrado que pide silencio y comprensión para otro grito, primero fustigador, después desolado y por fin resignado, de Salvador Pérez Valiente.

Desde su primer libro: *Cuando ya no hay remedio*, la poesía de Salvador discurre por unos cauces de turbulenta pasión e inconformismo. Su inconformismo cívico hace que el poeta fustigue con dureza el sistema de la sociedad hipócrita que construye la dictadura franquista y se dirija con admiración, desde el dolor compartido, a los proscritos: R.A (Rafael Alberti), P.N (Pablo Neruda), M.H. (Miguel Hernández), el Che Guevara, etc. Hay, dentro de Salvador, una guerra con sus entrañas, como diría Machado, que se refleja en la robusta concepción de su verso. Si la poesía debe emocionar, aquí hay emoción a raudales; si debe ser nómada inseparable, por lo personal, del poeta; en este caso, es biografía abierta en carne viva, clamor permanente del alma angustiada que se debate entre la fuerza interior de un gigantesco corazón y la fuerza exterior de una sociedad corrompida por el sistema. En torno a Salvador se estructura una indeformable triangulación amorosa que lanza, desde los tres vértices, destellos equilibrados de cariño y verdad que mantienen en pie esa figura del poeta, azotada de fuera a dentro y de dentro a fuera: Salvador, Carmen (su esposa, su amor) y el Perro. Carmen pone toda la dulzura en el acíbar de la batalla; Ton, el perro, pone le silencio, el estar "simplemente estando", la callada confidencia de la palabra paseada del poeta.

En ese triángulo amoroso el vértice del animal de compañía sufre mutilaciones que se van reponiendo con otros seres hasta completar una serie de ausencias que Salvador recoge en el jardín de su casa, cementerio cercano de amores enterrados.

Los títulos de los libros de Salvador se suceden: *Por tercera vez*, *Lo mismo de siempre*, *No amanece*, *Volcán*, *El que busca*, *La tarde a perros*, *Con odio*, *con*

temor, *con ira*. Títulos, la mayoría, premiados con prestigiosos galardones en toda España y que muestran, en portada, gran parte del contenido. Hay un ir de zozobras, con ese triángulo de sujeción firme, por la vida de poeta, Fortuna, el pueblo de su adopción, le da la retama, la soledad, el paisaje duro y desabrido, la tierra fragosa del dolor cotidiano y, junto con ello, la palabra precisa, el gesto del hombre, la rudeza del aire, la hora en la casa de sus tíos, con "reloj de péndulo y sopa espesa". Murcia entra con toda su luz huertana y marinera, emerge como "volcán" desde los recuerdos de su casa en calle Simón García 34, intenso discurrir por el "tiempo perdido", teniendo claro que "vivir es inventar lo que se ama". *El verso libre, rimado, contado en impresionantes sonetos, sigue el caz que riega la hermosa feracidad de su alma*.

En *El que busca* anda Salvador los caminos inescrutables de lo divino, sabiendo "que la suerte siempre se equivoca" "porque la muerte nunca se equivoca"; pero antes nos dijo que volvía a Fortuna: "pueblo del que me duelo / y donde duelo a veces". "Y sin embargo he vuelto / para sentir que vivo". Toledo, la convergencia histórica de lo que hoy parece una utopía (convivencia cristiana, musulmana y judía) "es una hoguera de sonido". Merece un comentario aparte el poema 'Aventura a Támara, ese mágico lugar de palmeras, donde Dios se balancea y emerge como chorro de luz al cielo, visto desde la infancia del "niño Salvador mirando a nada" aquí, donde son las "palabras como trigo en la memoria", el poeta percibe que "Cristo a la intemperie es más Dios".

Dice Salvador: "definitivamente ha elegido estar solo", pero en su libro *Con odio, con temor, con ira*, libro que cierra esta primera etapa, vemos qué entiende el poeta por soledad: solo, tal vez, pero denunciando con fuerza a las "películas de Historia", a los "ricos", a "los mandarines...", a "los tontos" de los ministerios, en los últimos estertores de la España "vencedora". Recogiendo el testigo del inmenso *Canto General* de Neruda, recrea en un hermoso poema la figura del Che Guevara y América.

Con el libro *Tiempo en Ávila y yo* empieza Salvador una nueva etapa, aún tiene la suerte de tener junto a él ese bálsamo de seda que cada noche le susurra y le abraza: Carmen. El verso, aquí, se eleva, vuela, se condensa, llueve y se transforma en árbol de verdad. Dice José Hierro que la "poesía de Salvador es tan importante por lo que dice como por lo que oculta", dice, además, que éste es un "libro hermoso en el que ya no puede Salvador Pérez Valiente disimular su ternura" porque, como el mismo Salvador diría, viene "a ponerle al amor la otra mejilla".

La luz de Carmen se va apagando y Salvador contempla, desde lo más profundo de su alma, la noche que se le avecina.

Su libro *La memoria, ese olvido* tiene en el poema "Sanatorio Los Nardos" la máxima expresión de la elegía a Carmen; el poeta la llama: "Contigo, carne más mía que la propia, / cuerpo que duele bajo mi tacto". Cuida de ella en la habitación 212 y se siente andiano, cobarde ante la pérdida que se avecina: "yo sí, sufriente, tan cobarde como el anciano que al otro lado del cristal / me contempla".

Hay en todo el libro un ir y venir por los lugares que el poeta amó y compartió con sus seres queridos. El hijo, tan lejano, asoma en sueños y no queda siquiera la esperanza que a la tía Beatriz le espera, en esa casa de pueblo (Fortuna) donde arde leña verde de almendro y la calle huele a tierra rociada, en esa hora de la tarde que la campana convoca a la novena y al rosario, allí donde "la misma golondrina te repite, recién casada / aún esperando el hijo / ¡Mírame! ¡Escucha! / (y ya hay otros jazmines en tu patio)".

Con el título *Así en la tierra* el poeta nos adentra por esa interminable noche que dejó la muerte de su amor. Anda errante por los lugares "tropezando con la luz" y este dolor nos da a los amantes de la poesía el premio máximo de su generosidad. En el soneto "Cementerio, una tarde" condensa Salvador todo el dolor que le invade, hermoso poema para los que creemos en la poesía como sacudida emocional, pero perfección controlada.

Que trata de un amor es una larga elegía cuyo eje central es la noche de la ausencia que dejó Carmen. Poemas conmovedores, inmensa tristeza que el poeta pasea por lugares y aniversarios.

Con estos libros nos encontramos a un Salvador Pérez Valiente en carne viva, herido por el aire y por la luz.

Con el libro *Cuadernos del Escolar* busca Salvador, en Fortuna, un bálsamo para su dolor en compañía de amigos y seres queridos, aunque gravite sobre él la pesada losa de los recuerdos.

Cercado de mí es el último libro suyo, en él se despoja de posibles cargas y va de frente a la poesía desnuda. Se prepara para su propio viaje, ese "Viaje conmigo", "Esos ojos que no ven / sino al triste pasajero / que ha aguantado el aguacero / y ahora espera en el arcén", tren que "no lleva a ninguna parte / tren que nunca se comparte" y todo, en la "Tarde de la cesantía / en la fatigosa vía / que nunca terminará" La copla le prepara para el fatal desenlace y cierra la emotiva página de este libro.

Cecilio Hernández Rubira

Prólogo a *Obras completas*.

Salvador Pérez Valiente. Dos volúmenes.

Ayuntamiento de Fortuna. Murcia, 2002



Salvador Pérez Valiente, periodista y poeta

Salvador Pérez Valiente es el periodista-poeta más importante que ha dado Murcia. Su labor en diversas revistas —sobre todo, en *Garcilaso*— queda como una muestra de su inspiración y talento, en una etapa de renacimiento de la lírica después de los años de la guerra. De sus versos escritos entre 1939 y 1946 publica una selección bajo el título de *Cuando ya no hay remedio*, que toma prestado de Alberti. Es un libro en el que se revelan unas constantes poéticas que no abandonará: la soledad del hombre, la muerte, la rebeldía contra la injusticia... Un tono general de pesimismo le lleva a decir:

Amigo, tú lo sabes,
tú lo sabes, pero voy a repetirme
que nuestra soledad no tiene remedio...

Sin embargo, en medio de esa tristeza, que parece inevitable, surge algún brote débil de esperanza:

Porque aún quiero luchar,
por esta afirmativa voluntad que negando
pretende salvarme.

Y, sobre todo, asoma la ternura, la suave nostalgia de un tiempo pasado, el de la niñez, en que todavía estaba el amable engaño de una existencia limpia, ilusionada:

Cuando cumplí diez años
me dijeron
que el mundo era redondo;
redondo, suave, liso.
¡Qué lejos todo aquello!

El recuerdo de la madre, junto a la mezzquindad de los "lejanos parientes" que se repartieron "papeles, montes, campos", le inspira emocionados versos como estos:

Os hablo de mi madre. Cada lágrima
suya,
cada carbón manchando su mejilla,
la dulce mansedumbre de sus manos,
separa nuestras vidas.

En conjunto, como se ha dicho, predomina una honda tristeza, una certidumbre de que el ser humano anda perdido entre la insolidaridad de los otros, que no detienen "su enloquecido paso" ante nuestra necesidad de comunicación. La vida es "como un río de barro" y también "como un pozo de frío y de sombra". El poeta busca entonces en el amor un asidero. "Diaria razón" se llama uno de los más bellos poemas del libro. Empieza así:

Quiero decir tu nombre
en la oscura tiniebla
donde tu carne es solo
la luz que necesito.

Valbuena Prat ha escrito que este libro es "hondo y excelente, ágil, terrible, sarcástico y abismal". Y Raimundo de los Reyes destaca en el poeta su "fogosa y desmelenada manera de ser".

La obra está formada por diecinueve composiciones, de métrica variada, con tendencia a los heptasílabos. Ofrece la peculiaridad de que algunos versos ocupan

tres y hasta cuatro líneas. La rima está ausente, prácticamente, en todo el volumen, lo que supone una cierta ruptura con los hábitos poéticos del momento.

En la *Nueva nómina de la poesía española* se dice de Pérez Valiente: "Su obra ofrece un deliberado descuido formal y una expresión desgarrada, amargamente grotesca, de un contenido desolado y doloroso. Poeta de manifestación sincera, cruda, descubre en su poesía un alma en lucha, en agonía, cuya voz está zarandeada por el dolor, la rabia y la amargura ocultos a veces en el trágico humor. Mas en el fondo de este torrente lírico, despeñado en interiores cimas, palpita también la ternura, el amor, la esperanza".

Hasta seis años más tarde no aparece su siguiente libro, *Por tercera vez*, accésit al premio Adonais 1952. En uno de sus poemas finales titulado "Murciano de dinamita" —en recuerdo de Miguel Hernández— establece una autodefinición muy esclarecedora, ya que en ella pulsa tres notas básicas: la soledad del poeta ("Tocado de soledad / vuelvo al huérfano que fui"), la vinculación a la tierra natal ("Terco Labrador tenaz, / rayo disparado a ciegas") y el ardor, la fogosidad ("Que nadie me diga frío. / Soy de pólvora huertana").

Ya en el primer poema manifiesta su escepticismo acerca de la humanidad, ante "el odio que no cabe en el mundo / y que quema mi vida". Y en esta tónica está todo el libro, teñido de tristeza porque el hombre nace "con la señal en las espaldas / de viejos hierros y de látigos" y ya en la infancia "lo sacrifican y acorralan".

El poeta apenas encuentra salida para esta situación de desaliento porque el amor, como posesión, no supone una plenitud, sino otro encuentro con la tristeza y, en última instancia, hasta "Dios es triste". Termina el libro con una súplica a la "Virgen de aquella infancia", en la que se interroga sobre la transformación que la vida ha operado en su alma:

Tú sabes que Dios sabe que soy el mismo
niño.

¿Por qué, entonces, por qué han pasado
los días,
helándome algo dentro?

Al final, hay una leve esperanza:

Esperanza te pido ahora, porque alguien
llegó a mi soledad.

Está escrita también esta obra con mucha variedad métrica, con predominio de los versos de seis, siete y nueve sílabas, con rimas generalmente en los pares, distintas cada cuatro.

Las raíces murcianas de Pérez Valiente asoman en alguna brillante metáfora:

con el limón del sol
parado en las persianas.

Lo mismo de siempre se publica en 1960 y está dividido en cinco partes: "España, raíz", donde encontramos varios poemas al pueblo murciano de Fortuna, muy vinculados al autor; "Estar viviendo"; "Los inocentes", con excelentes versos a los animales domésticos (a su perro, a Platero...); "De oscuro en claro" y,

finalmente, "Homenajes póstumos", dedicados a Miguel Hernández, Alcaide, Baroja y Adriano del Valle.

En este libro hay más variedad temática y una preocupación notoria por el paso del tiempo. Pero, curiosamente, el tiempo se manifiesta por un lado como fugacidad ("Nada vuelve / ni aun en vuestras miradas") y por otro como permanencia: "...y todo vuelve a ser / eternamente igual, / siempre y siempre lo mismo". Que equivale a una armonización de Heráclito y Parménides. Lo cual no excluye la melancolía, porque —inmóvil o fugaz— el tiempo, la vida nos hiere "a golpes, a zarpazos / a dentelladas fieras", como dice —con lejanos ecos de Hernández— en uno de los poemas.

La infancia está presente, cómo no, en esta obra. Fortuna es el recuerdo de la sequía, de la piedra, del sol restallante, y no faltan "muchachas de agria pulpa, / de limón verdecido".

Salvador Jiménez ha precisado que el poeta, sin abandonar sus constantes, se manifiesta en esta oportunidad menos alteradamente: "Creo que en este libro —dice— anteriores arrebatos y exasperaciones aparecen, de alguna manera, serenados. La palabra tiene peso y poso. Tiene inocencia de origen, aunque abrase a tocarla. Son palabras contra el destino, pero son palabras también a favor de la vida".

Dos precisiones finales. La primera, que hay una cierta vuelta al clasicismo formal, al incluir catorce sonetos junto a otros poemas de diversa hechura. La segunda, la utilización de determinadas frases de uso coloquial: "aguas que no beberé"; "por la boca muere el pez"; "y entre Pinto y Valdemoro"; "pues del hoyo al bollo"... Ello supone la conversión del tópico en materia literaria, en una especie de ennoblecimiento del habla vulgar de cada día.

No amanecer es un libro denso, maduro, un paso más en su afanosa búsqueda de una expresión literaria que refleja con precisión todo un mundo interior. Se ha escrito con bastante exactitud que "en la poética de Pérez-Valiente uno se encuentra con una especie de intimidad dolorida, idealizada, con jirones de amargura". El libro, efectivamente, nace de la soledad, de la desesperanza, de lo que podría llamarse la angustia vital, si el término no estuviera tan descolorido por el uso. Pero también nace de la emoción del paisaje y de los viejos recuerdos, aunque casi nunca esté ausente en uno y otros el tono melancólico y pesimista.

Julio Trenas ha señalado, acerca de esta obra que "pueblos y paisajes que ambientaron la infancia del poeta, se entrafían en estas páginas como fundamental razón de su lírica". Así, leemos:

Cehegin, Caravaca, Lorca,
Yecla, Jumilla, La Unión.
En Fortuna las raíces
y el plomo en el corazón.

A Fortuna, sin nombrarla, le dedica un poema, "Pueblo sobre el amargo", con el

Continúa en la página siguiente...

Viene de la página anterior.

desencanto de un retorno imposible a los años de infancia, porque "lo que se ama / se nos hace ceniza".

"La gran tensión expresiva de la poesía de Salvador Pérez Valiente— ha escrito Mariano Roldán— brota, como la chispa, de dos polos: la ternura y la ironía. Parece difícil cohesionar poéticamente estos contrarios; pero este poeta murciano tiene, entre otros, ese don. Hay en él un fondo de escéptico hombre del Sar, al que sólo le importan tres o cuatro cosas fundamentales y una sostenida palabra, afilada en el amar o en el despreciar".

En *No amanecer* abundan los sonetos, muy bien contruidos, las estrofas de cuatro y seis versos con rima de romance y el verso libre. Al igual que en el volumen anterior, utiliza como elemento poético el refrán o la frase estereotipada, siempre con oportunidad e intención. Por ejemplo, "Nunca segundas partes fueron buenas", como endecasílabo inicial de un soneto o bien, "y entre la espada y la pared del tiempo", "o que si atan buen hambre no hay pan duro", "está más claro que el agua", "para seguir en mis trece"...

Amor y dolor, serenidad y grito, horizontes y paisaje interior, se funden admirablemente en esta obra, galardonada con el premio Polo de Medina de la Diputación murciana.

Volcán es su quinto libro de poesía y se publica poco después, en 1965. Está dividido en cuatro partes, de las que cabría destacar la primera, "Paisajes", algo más amplia y rica que las restantes. En ella evoca La Mancha, rinde homenaje al marqués de Santillana, que "trajo de Italia los cristales / del transparente magisterio, / injertó el árbol de la patria / con los dorados frutos nuevos" y se deleita ante Ávila, a la que consagrará años más tarde todo un libro.

Son particularmente notables sus "Letras para una música murciana", en las que utiliza los temas del vino jumillano, la nana huertana, la romería de la Fuensanta... Con una gran austeridad de adjetivos, recuerda su ciudad natal, luminosa y fragante:

Sombras de claro día:
los pregones.
Calles de Platería y Trapería.
Una luz a montones.
La muchacha se peina en el terrado.
Ahora extiende su pelo.
Anís y yelo
en el suelo rociado.

En el resto del libro hay, presencias de Lope, de Goya —que "moja el pincel en rabia y aguardiente"—, de Antonio Machado, de Juan XXIII, al que pide

...déjanos ciegos
de aquella luz que han visto tus labriegos
ojos
de palomar y mediodía.

Como en toda su obra anterior está la actitud alertada y rebelde, la ironía, e incluso el sarcasmo, pero todo ello trascendido por la idea de amor que le lleva a decir "Amo, luego soy persona", aunque en ocasiones "se ama más / cuando nos descorazonan".

En *Volcán* aparecen con abundancia el soneto, los tercetos, el romance, los pareados y versos cortos de variada rima, además del verso libre en la parte final.

A veces, utiliza seguidillas llenas de ligereza y armonía, como ésta:

Volcán entre jardines,
luz de mañana.
La palmera en el sitio
de la murciana.
Y una paloma
que vuela hasta la torre
su blanco aroma.

Por lo demás, *Volcán* no varía mucho de los volúmenes anteriores. La fidelidad de Pérez Valiente a sí mismo es indudable y el propio poeta la ha confesado explícitamente: "...pienso que uno escribe siempre lo mismo y, lo que es más, que acaso sólo ahonda en tres o cuatro motivos durante toda su vida".

De esta obra ha escrito José Hierro: "Hay un no sé qué de campesino en estos versos. No porque el campo aparezca a veces destacado, sino por la pureza, la antigüedad, la sonoridad de la expresión, su relampagueante fuerza plástica". A su vez, Sainz de Robles dice del poeta que "es un lírico viril y vibrante, de hondísimo y noble pensamiento y de escueta y desnuda forma".

Una segunda etapa de Salvador Pérez Valiente se inicia en 1973, tras un silencio de ocho años en cuanto a publicación de sus poemas en libro. *El que busca* aporta la novedad de su contenido exclusivamente religioso que, por otra parte, ya había asomado aisladamente en obras anteriores. Pérez Valiente hace profesión de su fe católica en la introducción, para terminar diciendo: "Si no ha bajado Dios a mi vida al menos sé por dónde anda". y anda, sin duda, en el viejo belén, en el villancico de color, en los ángeles del pintor Molina Sánchez, en la noche de Alba de Tormes y hasta en el perro de San Roque... Estos son algunos de los temas inspiradores, junto a otros varios: la Eucaristía, Santa Teresa, la Virgen del Mar, la Semana Santa...

El sentimiento religioso se manifiesta unas veces con voz serena y tierna, ingenua y popular; otras, arrebatada, deslumbrante, como una gran sinfonía de metáforas e imágenes. En este último aspecto es destacable el poema final, en verso libre, "Aventura a Támara", en que, como ha escrito Entrambasaguas, "toda la opulencia poética de Salvador Pérez Valiente se derrocha en una serie de planos superpuestos de vida y muerte, de realidad e imaginación, de dolor y de placer, que se confunden, hermosamente, a menudo, en el onírico surrealismo".

La línea sencilla del villancico no es menos estimable. El llamado "de las pocas palabras" nos recuerda que Jesús nació para todos:

No para uno, para cien,
para miles de millones,
para mansos corazones,
porque si no ¿para quién?

Pero quizá sea en los sonetos donde Pérez Valiente alcanza la mayor densidad poética. Sonetos bien cincelados, rotundos, bellísimos, como los dedicados a la Eucaristía en Toledo, donde "El Corpus tiene allí veinte banderas / y una flora total que lo proclama"; a "España muchas veces", "A un Cristo en blanco y negro" o "A Dios Hombre, muerto en la cruz", donde confiesa:

Yo ya no sé, mi Dios, si cruz o cara,
si he nacido del barro de la pluma.

Yo sólo sé de un llanto que me abruma;
voy huésped de la estrella menos clara.

García Nieto ha escrito que estos sonetos "responden a su voz y que se sitúan sobre lo esperado por maduración y frescura. Algo muy difícil de mantener unido".

La tarde a perros es obra breve, apenas un cuaderno en edición no venal, numerada y firmada. Contiene nueve poemas al considerado mejor amigo del hombre, en varias y diversas coyunturas: en la soledad invernal de las playas, "entre calles inciertas, fantasmales esquinas, / bajo un viento que ladra su recóndita ira"; en su caminar solitario, en busca de amor; en la ignorada lejanía, de imposible regreso; en la muerte lenta ante la indiferencia de los viandantes...

Como en casos anteriores, los sonetos —tres, esta vez— son muy notables. A la perfección formal se une el tono emotivo, característica extensible a los demás poemas. Uno de los sonetos termina así:

El perro ladra lastimeramente.
Pasa a su lado gente tan decente
que acaso se detiene y luego sigue.
Señor, no lluevas más en tu criatura.
Deja que salga el sol. No hagas tan dura
la ley del que ha nacido y te persigue.

El resto de las composiciones, en verso libre por lo común, mantienen una alta calidad.

Del mismo año es *Con odio, con temor, con ira*, que recoge versos de un largo período de tiempo (1960-73). El libro, ganador del premio Francisco de Quevedo, es calificado por su autor como "acusatorio, brutal y desgarrado". En efecto, la poesía de Pérez Valiente, que ya había mostrado una preocupación social en títulos anteriores, adquiere aquí acentos más condenatorios y duros, que ya se vislumbran desde la dedicatoria: "A los que me humillaron, sin perdón". La frase es fundamental, porque estos poemas nacen del dolor de la ofensa, de la marginación arbitraria, de la vida pisoteada: "Nunca perdonaré lo que habéis hecho / del adolescente que creía", leemos en las primeras páginas. Más adelante, el tema se amplía, se hace más colectivo, y se fustiga "a los máximos tontos del país", por cuya culpa

se está muriendo España que nos pudre,
que nos entierra vivos
y nos duele hasta el tuétano.

Y también a los ricos, con sus museales mansiones y su circunspecta seguridad, contra los que lanza sus inectivas, porque

la tierra es para el hombre, sin barreras,
toda le pertenece.

Quince composiciones forman el libro, la mayoría en verso libre, de medida amplia; en algún caso utiliza el pareado.

El volumen, aunque breve, es caudaloso, casi torrencial, en varios poemas, como "Película de historia" —traducido por cierto al alemán—, "El antólogo" o "La fiesta", donde la rebeldía y la protesta alcanzan una resonancia más clamorosa.

Continúa en la página siguiente...

Viene de la página anterior

Su *Tiempo en Ávila* y yo marca una dirección distinta. Es obra más setena, más, reposada. Como señala José Hierro en la nota inicia el poeta "ha pasado del volcán al recogimiento" y ofrece un conjunto de poemas de singular belleza, con la ciudad castellana al fondo como meditación y sugerencia.

Ávila, "por donde Dios camina y regresa y se escapa", es para Pérez Valiente eje de un itinerario espiritual en el que encuentra el fluir heraclitano y la presencia firme de las "torres en el aire". Y aunque "ya todo ha sido dicho sobre todo" —como se lee en uno de los poemas—, la palabra "amor", que es clave en el poeta, conserva todavía su "desnudo esplendor" ante la ciudad teresiana y su comarca.

"Poesía interior y de símbolos interiores —se ha dicho—, la de Pérez Valiente encuentra en la inspiración de Ávila y su contorno que antiguas significaciones de su poesía —el perro, por ejemplo—adquieren un matiz metafísico".

Tres partes hay en el libro. La primera, de verso amplio, sin rima, con poemas de indudable categoría como "Cercado de otras muertes"; la segunda, formada por siete sonetos, que se abre con el espléndido "Ávila, subo a ti desde Castilla", y la tercera, de estructura más variada, con algunas composiciones brevísimas, dedicada principalmente a los pueblos abulenses, de sonoros nombres: Navas del Marqués, Solosancho, Toros de Guisando... La precisión en las descripciones logra especiales aciertos:

Te canta un mirlo inocente
y te perfuma la amarga
rama de retama verde.

Humano, sincero, apasionado, Pérez Valiente vuelca en sus versos sus preocupaciones existenciales, en palabras "calientes como el pan", que son muchas veces raíz de su pasado, de todo cuanto ha ido viviendo y atesorando. "Siempre su vida está presente en cada una de sus estrofas —se ha escrito de él—. Siempre todo es auténtico". De ahí el cálido temblor de sus versos, la sensación de veracidad que sus sentimientos transmiten.

"Pérez Valiente —en opinión de Díez de Revenga— ha trazado un libro muy unitario, bajo el impulso de un tema central común, la ciudad y la provincia abulenses, que le facilitan una serie de elementos ambientales a los que queda prendida su reflexión, sobre temas inquietantes y trascendentes: la existencia, Dios, el poeta que se busca a sí mismo, el tiempo..."

Su última obra es *La memoria, ese olvido*, escrito en dramáticas circunstancias —la enfermedad mortal de su esposa— y reflejo, por tanto, de un "mundo complejo y desgarrado", como declara en la introducción. Un hermoso libro, sin embargo, cuya tristeza se sublima en un poema impresionante, "Sanatorio Los Nardos", que comienza:

Contigo, desde que nací adivinándote,
acompañado por tu luz,
crecieron mis alimentos de hombre
y hoy se apaga una estrella que creíamos
tutelar.

Contigo, carne más mía que la propia,
cuerpo que duele bajo mi tacto
y que sufre por mí lo que no dices.

Junto a este tema central, de dolor contenido, reaparecen personajes de la

niñez: la madre, el padre, la vieja criada, sensaciones que resurgen de otro tiempo, pequeñas notas de paisajes y objetos... Todo es motivo de un dolorido sentir, porque el paso del tiempo es cruelmente destructor. En este aspecto hay dos poemas que son importantes: "Regreso al balneario" y "La casa heredada". Ambos significan un retorno a escenarios infantiles, esencialmente transformados. "Todo es apariencia", dice en el primero, cuando evoca el viejo salón con sus sillones de tertulia, donde ya "nada, sino fantasmas, nos rodea". Y se pregunta, abrumado:

¿Quién paró los relojes? ¿en qué
momento alguien que me esperaba
se hundió en la lejanía para siempre?

Esa búsqueda del tiempo perdido se repite en el poema de la antigua casa familiar, donde se recuerda la figura amable de tía Beatriz, "de profesión, cocina y alegría", disponiéndolo todo. Olores y sonidos —el aroma del chocolate, los leves pasos, el crujir de las maderas. . . — junto a sabores que se evocan —el azafrán, el arroz...— y, naturalmente, a las imágenes

visuales, otorgan una gran belleza sensorial a esta composición.

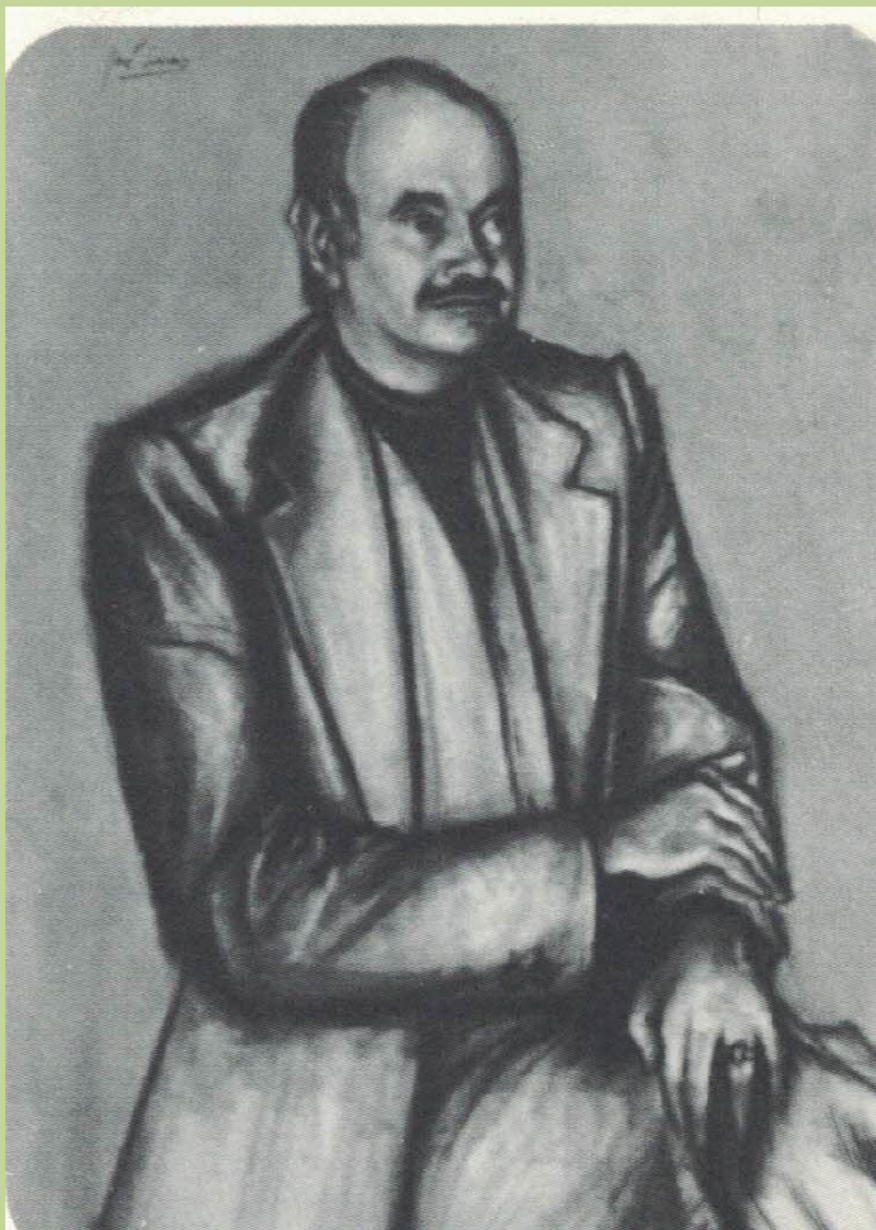
Pero este reencuentro también es doloroso, porque "ya no es igual el ruido de las puertas / y algo cruje, lejano, / enterrado, pudriéndose..."

Se ha escrito, con toda razón, que hay en el libro un "manifiesto deseo de rescatar el tiempo y las cosas, desilusionado el poeta al reconocerlas diferentes", aunque "no por eso desalienta en el intento, mantenida la búsqueda de realidades verdaderas, asistidas 'por lo originario'".

Con *La memoria, ese olvido* se cierra —ojalá no definitivamente— toda una historia vital, expresada a través de diez libros de poesía honda, sincera, apasionada.

Antonio Crespo

La obra literaria de los periodistas murcianos. Academia Alfonso X el Sabio.
Murcia, 1985.



Retrato del poeta, por José Lucas



Nos despedimos. Habíamos hablado de su lectura de poemas en Chicago, de interesantes actividades al conducir su etapa laboral, de *Tránsito*, de Murcia y Fortuna. El sonido de los altavoces arrastraba las palabras, las perdía, y era preciso advertir, escudriñar el rostro del hombre, sus expresiones en intento de disimular tristezas. Con el adiós me entregó su libro, quizá el más amado por él, desatendido, sin embargo. Parecía necesidad ocultar estos poemas.

Partía el tren, en mis manos *La memoria, ese olvido*. Recuerdo ahora las palabras de Salvador Pérez Valiente: haz con él lo que quieras y cuando quieras. Durante el viaje leo el poemario; vuelvo sobre sus páginas cuando el poeta ruega silencio, cuando le ha pasado todo. "no sé nada, no quiero saber nada", afirma y suplica en uno de los versos.

Nosotros sí queremos saber, decir en esta tierra que el ama: "Por el aire que no traicioné en la nostalgia / incéndianse torres, acequias, afueras, de limón". En el recorrido nos acompañará a su palabra, su caminar en libertad con el verso que llaga, aplaude o se rebela: siempre el poema a pie de vida, cuando es necesario para que no ahogue ni se deshaga el sentimiento.

Las sucesivas entregas del autor delimitan espacios de intenso recorrido, en ellos, no sosiega ni se acomoda, canta con fidelidad. Consecuente con su pensamiento ("no se es sino a solas", "buzo de mí"), insiste en soledades, observa las cosas, los principios del mundo, para hacerlos suyos y postrarse ante ellos, venerarlos: "Un hombre enciende el fuego de rodillas, / identificado con su origen...". Envuelto en el misterio se recoge en la llama: "Yo soy mi fuego, / crepito con sus entrañas de rama verde, / recomienzo y me embosco".

Fundamentado en la clasicidad y atendida la tradición, los caminos recorridos por quienes le precedieron, el poeta espera y vive, "sospecha" que solo así llegará el sobresalto poético ("noticia de ti mismo"), la impronta veraz donde se ha de reconocer en nostalgias y gozos, consciente siempre en su andadura ("no es que no quiera ser, es que ya he sido"), detenido en el vértice, en la confluencia de pasado y presente, el cantor de *Tiempo en Ávila y yo*, del grito comprometido en *Con odio, con temor, con ira*, deja reposar armas de tantas batallas y detiene su atención en acontecimientos, puntos de referencia fijados en la memoria, que constituyen el bagaje esencial de su poesía, el término comparativo donde el poema

La memoria, ese olvido

alcanza alta tensión emocional

Aparece el hombre combativo en la búsqueda de su búsqueda, en el encuentro con el dolor, en los continuos regresos:

"Aquí hubo vida, / leña de almendro, péndulo de reloj al mediodía de sopa espesa". "Porque aún el agua rezuma en el tinajero, y el aceite en las zafras", nos dice en *La casa heredada*.

En el poema *Regreso al balneario*, la evocación finaliza en compromiso: "El huésped que habitó aquí / no dejó señas. Mas ha de regresar conmigo". Manifiesto deseo de rescatar el tiempo y las cosas, desilusionado el poeta al reconocerlas diferentes, no por ello desalienta en el intento, mantenida la búsqueda de realidades verdaderas, asistidas por lo originario: "La viejecita vestida de antiguo / sí sabe de donde viene y adonde va; / su costumbre paciente la integra con las cosas". "Porque sobre Dánae no llueve oro, sino cicatrices y tiempo".

Dedicación especial merece poema *Sanatorio Los Nardos*, afán concedido al lector, que hallará en tan singulares versos el fundamento y guía de un hermoso libro de recuerdos.

Dionisia García

A SALVADOR PÉREZ VALIENTE —EN SU RECUERDO— ESTA PALABRAS DE JULEN LAFORGUE: "J'ALLAIS, AU SPLEEN LONTAIN..."

A José Luis Martínez Sánchez



Vivimos en dos mundos y tiempos distintos, pero nos unía un mismo idioma y la poesía y los libros. Ella y ellos nos llevaron a conocernos.

Apago la luz. Sé que tardaré en dormirme. Dispongo de horas para pensar en aquel nuestro primer encuentro... Con Dionisia, Manolo y el alcalde Cámara, en tratos de un buen destino para tu biblioteca. Tú habías pedido conocerme, y confiaste en mí hablando de literatura francesa. Se habló de los libros, y nada quedó concretado. Y ahora, una inesperada noticia, el azar concertado, el dedo de la casualidad oportuno, el amigo excelente, anuncian tu centenario.

Para muchos y en tus poemas no has caído en el olvido. Tu Fortuna no te desconoce. 2019 comienza a despuntar y tu presencia, como fuentes claras y sulfuradas surgen a borbotones, de lo hondo a la luz.

Soren Peñalver



"Y yo me quiero morir
oyéndome el corazón"
(Fortuna)

Por aquellos años, ya vívidos de los noventa del pasado siglo, este cronista de pintura y pluma, que no es malo para andar por la vida; pudo tomar contacto con la tierra tosca y pobre, secular y de quejido, en ocasiones, de esta villa morisca con sus gentes, caseríos de nube y sendas, sierras colosales de grises y peñascos que saben a soledades milenarias donde el águila real tiene su morada. Pude, por gracia de los hados delimitar el aire puro de los labriegos que se encorvan para tocar la tierra de viejos sudores esparcidos, y notar el verbo sagrado de sus voces, que son las de sus pedanías con hombres que lloran su silencio en la vejez de cayado y rostro de esfinge. Vagaba con mi tiempo ya escapado del alma, y me daba cuenta que el paisaje que miraba, el personaje con el que hablaba junto al tapial dorado de su morada, ocasionaba en mí razones de viejos milagros encontrados. No se me escapaba la única sensación de encontrarme bien en ese cosmos de armonía, donde el azul se confunde con el ocre terroso y de vez en vez, como en un calendario de lujo, aparece el verde de prados escanciados, el árbol con ramas de primavera blanca que al atardecer dejan gamas de violetas reventonas. Y di con el viento de mañanas tempraneras y ocasos de romance, allí por donde el pájaro medita en sus alas de eternidad.

Fue cuando se me agarró en el corazón el duende de esta tierra masacrada, agonizante, sedienta de la espuma del agua que apenas llega. Acaso fue un don o un arrebató. Me llagó la sangre inveterada de su historia, el inicio y ser de esta villa a la que la diosa Fortuna rubrica con su mueca galante, deja que sus terrajes forjen abismos de lustre peregrina y que la cueva retenga el espíritu de sus vestales. Historia de penuria y bostezo que se afinca en el poderío de sus vecinos que han sabido resistir y fundirse en sus fueros de población, destacando, de árbol en árbol la liturgia de su linaje.

No se resistió el cronista al anhelo de escribir y trazar la viñeta de su entraña, dejando hablar a todo su manual de aspectos inéditos. Necesitaba dejar la huella personal en libros y pintura nacida junto a la roca mágica y la cañada huidiza: sombras y luces brotando como poemas medievales intuitas desde la razón del lugar. Y de esta guisa, habiendo pisado la tierra de heredad longeva y mística, habiendo hurgado por el lado de la otra estirpe que sorprende y delata fibras de fuego que hierve la palabra, pude entender el milagro intuido de este reducto de menudencia abismada en la auténtica voz del poeta de Fortuna.

Y en uno de aquellos libros *Vivencias de Fortuna* (1991), con el que inicié el contacto con la villa y su gente, tuve el honor de que lo prologara Salvador Pérez Valiente en un texto magistral donde me di cuenta de la valía, la densa calma del texto que manaba poesía pura escrita desde su corazón. Acababa de llegar, en uno de

aquellos viajes, a su amada Fortuna para encontrarse con sus viejos amigos y declinar el peso de otros trajines urbanos en la paz de su huerto y ventanal que daba al paisaje. Modelaba sus ideas —como dice— en aquel desorden de mesa conjugado con el caer de la lluvia y las vivencias de su niñez. Después terminaría el relato al caer de la tarde "de malva y rosa...". Tuve la sensación de que el prólogo del libro que trataba de su tierra, de lo sencillo y diario, era poesía dignificada en sus palabras de poeta que llevaba dentro de sí la esencia de la villa de su niñez. Presumo, de ello, que no se le escapaba detalle, al leer las páginas esbozadas del libro, de sus añosas sensaciones vividas entre amigos, calles y paisajes de Fortuna que paseaba por los andurriales de su vida. Intuía que el poeta de esta geografía desértica, estaba impregnado del ser de la villa, porque era su yo mismo. Más tarde cuando se presentó el libro en el Ayuntamiento conté con la presencia del poeta, aunque arrumbado en la estela de su soledad. Había fallecido su amada Carmen y vi sus ojos azotados por el silencio, que es pena de infierno. Frente a mí estaba el dolor de unos ojos decrecidos, quedaba el lamento, la pesadilla de alguien que tenía que aguantar el peso de cada día, ausente de la ternura y la delicia. Nunca concebí con tanta claridad que la muerte del ser querido se clava en la esfera del corazón pergeñando otro ser. Me decía que, tras ello, había de acostumbrarse a ser otro sin poder renunciar al pasado. Llevaba sobre sí las horas de plomo y vivía en la busca de viejas sonrisas, detalles domésticos. Todo era ella y hasta en los ojos del perro había lágrimas suyas.

La mañana de su estancia entre amigos y en un entorno de sol que dejaba claridad en la sala, tuve la impresión de que el poeta estaba revelándose como tal en su mayor vigor. Intuí que desde ese ostracismo en que estaba fluían sus palabras con un desencanto de sutileza que se hacía temblor de música dolorida, como un adagio que nos sume en la profundidad del sentimiento. Hasta ese punto de hondura, piel dolorida que es alma de nostalgia, me hice lector de su poemario que es cielo azul y estrella, sacudida de fuego en un corazón abatido purgando su soledad. Alma nítida era todo, refugio de silencios vívidos, hallados en el páramo de su caminar.

QUEDA EL RECUERDO

Si os digo que no he visto en mi vida una persona tan brillante ni dolorida que estaba cerca de mí, como Salvador Pérez Valiente aquella mañana de tristeza; no os mentiría, pues todo en él era espíritu brotando belleza pura en lamentos de un hombre enamorado. Sin duda que el amor estaba centrando el ser de poeta. Fueron momentos duros e inolvidables. Habíamos hablado en otras ocasiones de la potencia estética del lugar, del entorno de vecindad cargado de sus años de infancia, como lo fue también Ávila o Elche. Fortuna era otra cosa, la sentía en la vivencia callada de herida consumada en el detalle, piel desconsolada fallecida en el desconchón de una pared. Maltrato del tiempo, que fue el suyo desde la anomia de lo insólito. Uno se reafirma en la añoranza, que es válvula de reencuentro. El poeta ha de volver al sitio original para sentir que ha vivido, rozar la vieja silla, notar la umbría de la calle y la

A Salvador Pérez Valiente (Esa voz errante, tan ausente)

gota de una lluvia transportada. Es una queja del alma que intuye la gloria del pasado —tiempo perdido—, lo es en su esencia primeriza. Dolor fue luego como evanescencia del ser. En el poeta hay un desgarró del alma, un lamento que se filtra en cada poro de sus sentimientos. Constantemente la voz languidece en un desvarío de *tempo lento* que es amargura; modo de convivir presintiendo un vacío necesario. En el poemario *Cuando ya no hay remedio*, el poeta va hacia el pasado, relata la pasión vivida, lo que le queda en un flujo de estancias asistidas, evocaciones alargadas, presencia del verdor de los días que fueron, finalmente encajado en un "homenaje a mi tiempo", donde la palabra se hace tan dura como rotunda: "Pisotead lo que me queda".

Creo que, desde la posición temporal como forma, hay que relatar el sentimiento del poeta narrándose a sí mismo, dando constancia de lo otro que anida en su interior; eso que para Bergson es duración. La poesía surge desde ese soplo de lamento que asfixia el alma, queda empapada de una nostalgia que deja su poso, se expresa a veces. En "El desterrado se enamora" se intuye ese enfoque de silencios que retienen al poeta en una profunda desolación, amargura ante la ausencia de tiempos vívidos en una primavera que se fue, retomados, de pronto en los signos de una fotografía de familia. Todo se ha ido con "el limón del sol parado en las persianas", sin poder asistir a su renacimiento, porque de aquello no queda nada, acaso una duda. Sencillamente lo que fue ha dejado de ser. Es toda una filosofía del desaliento renacido. No puede ser de otra forma.

Salvador Pérez Valiente es un poeta de "pólvora huertana", como le gusta decir, que le hace disparar su palabra erradicada en las raíces de su tierra amada, sentida, recogida en su entraña que va minando con el paso del tiempo. Es una convicción de pesadumbre que estalla en sí mismo. En *Lo mismo de siempre*, se nota ese tajo del alma ante la realidad de las cosas que ama, el pueblo, el paisaje que vivió de niño, las conversaciones con amistades: esos personajes que identifican un momento de la intrahistoria del pueblo; aquel niño del aire, la luz que cabe en una luz. Es una conmoción sostenida, retenida en sus fibras, pasó por su vida como un diálogo sobre una pared de lienzo desconchado, chimenea enhiesta de un tejado vecinal que esgrime una hila de humo en la tarde invernal. Aquellos roces de paseos aleatorios con la lluvia indiscreta en horas sencillas.

Lo que más nos atrae del poeta es la humanidad sostenida en cada mirada desde el lado cercano, convivencia edénica con la esposa y Ton, el perro hallado para la calma de sus vidas: "Los tres bajo la lámpara". Escena maravillosa, revelación consumada en un *tempo lento* que se deja llevar por el misterio de lo doméstico, donde nada falta ni sobra, pues todo lo requerido está allí bajo la mirada atenta del poeta que acaricia y ve.

De oscuro en claro nos deja una tristeza de rueda cansina y sueños de juegos arañados por el rocío del olvido.

Continúa en la página siguiente...

Viene de la página anterior.

Saberse poeta es delimitar esperanzas, morir a cada instante, intuir que todo es nada. Por eso sus homenajes últimos a personajes y paisajes evocados, dejan un tanto de desvarío, como si de pronto lo bello se deshiciera en bruma pesadosa. El poeta va a solas con su vida, observa, languidece, se instruye del recodo pasajero, la sombra ebria de un llanto, el paso de un río, soledades de Soria, de Toledo y Ávila, con el cristal de la ceniza del río. Pero no asimila la pérdida de la amada y masca su dolor a cada instante: "Está cierta la casa / de mujer y de perro / Aún duelen las palabras / heridas de tu hierro". Lo que nos llevará a su inmenso poema de los años noventa *Que trata de un amor*, donde se afilan hondos pedazos de dolor del alma ante la ausencia de Carmen, pálpito de su vida "Muéreme tú de ti, / arrástrame hasta el fondo".

DE LA POESÍA A LA PROSA EN EL ESCRITOR DE FORTUNA.

"Mi amor, párate un poco, que una filosofía de amor quiero leerle".
(J. Donne).

Salvador Pérez Valiente es la voz de lo sensible desde lo más hondo del ser. Habla desde su tiempo en fluencia constante, arroja de sí mismo la palabra como verbo desolado que le provoca cierta serenidad. Como en el río de Heráclito, toda vivencia es distinta; no se baña dos veces en la misma palabra de poeta. Su voz es un transcurrir por el silencio de la amargura. Los últimos años de su vida habita en la ponzoña de la soledad. Su poesía que comprende los años de 1947 al 2000, se construye con el dolor a cuestas: plegaría a la vida ya soñada, a sus querencias compartidas, familiares, rondándole una queja de estrofa tajada por la ausencia de lo que más ama. En el poeta la frase se convierte en parábola, que es un caudal de miel entre amargos sintagmas que la endurece. Pero se hace deleite su lectura detenida, como un paisaje de tarde dorada por los últimos rayos de sol entre una bruma lejana. En la belleza anida el temblor de un misterio que es pura melancolía, roce de un enigma que trasciende, delata negrura, al igual que en *Las cerezas del cementerio*, de Gabriel Miró, retumba, entre lo bello, la hiel de la sierpe fatídica.

Destaca el poeta su modo de ser desde un soliloquio que muchas veces es ternura y soledad inmediata, como si necesitara explorar el alma al ritmo del suceso cotidiano, y de esta forma se hace latido religioso desde el perfume de la fiesta de su Fortuna vivida, con el perro de san Roque al fondo. Es esa hondura del alma que precisa del último aliento divino, como salmo de amor hacia el Ser Supremo encontrado en lo más humilde. El poeta, que se hace desde la verticalidad de su transcendencia, sabe arrojarse en la sencillez del muro tibio y el sol candéal, suspirando, reteniendo lo ya sentido, hurgándole al tiempo el vacío, porque, como Unamuno, su felicidad reclama ante el Sumo Hacedor lo vivido en el sucinto paraíso de su pasado. Acaso surge la poesía como un remedio de recuperación de lo que fue edénico y ya es cilicio del alma. Acostumbrarse a ese estado de lamento se hace largo desierto del poeta, pues el ayer retumba como una flor otoñal que se deja caer, como un puñal de muerte, sobre su sombra.

Fortuna para el poeta no se apaga en el cenagal de lo caduco, ni se hace tétrico pueblo azoriniano, pedernal de soledades ocultas; porque el pueblo vive desde el suceso inédito pegado a su cuerpo. Lo que era barro y hambre, fósil de pergamino caduco, queda alumbrando una vivencia, estancia de niñez consentida, paladeada en la rutina de unos días de sueños. La de hambres y vértigos se ha forjado con el sudor y la templanza. Honestidad de gestos de héroes anónimos, muertos, como raíces de su identidad. Todo ello queda en sus versos dedicados al pueblo de su infancia. En la pequeñez del poema se encumbra la grandeza de cada frase, metáfora soberbia de sabor agridulce. La visión un tanto amarga sobre el paisaje de su tierra, deja desconsuelo y a la vez refleja sus vivencias de adolescente. Tierra de desesperanza, de albañil y pan destripado como en un cuadro de Chardin:

"Fortuna es un albañil,
un cura, un enterrador.
Y yo me quiero morir
oyéndome el corazón".

Hay un tremendo soliloquio cuando afirma:

"No enterradme en la pared;
dejadme pudrir al sol".

Dedicar atención a estos versos delirantes nos llevaría a otra referencia buscando su honda revelación, que solo se comprende desde el silencio de una voz que nace de la misma tierra. Desde luego hay materia aquí para meditar la amargura del poeta trascendiendo en una épica de soledad. Hay referencias de esa entrega a la tierra, al paisaje vivido que deja esquemas de tortura en el alma. Es un dejar el aliento atormentado en el relieve de lo amado. Es la muestra de un corazón ávido de muerte porque no puede vivir lo que quiere. Queda el espacio deshabitado, sin color. Ausencia de sombras vecinales huidizas como en los negros trazos de Goya. Cabe ahí el penar de la misma angustia sostenida. Es el desgarrar de una mancha alienada: presencia del abismo. A veces el poeta se aflige por no poder vislumbrar el aleteo de un pájaro. También el paisaje de esta geografía se hace queja destructora, tapiz de pesares. Resumen de ausencias.

De nuevo la voz, en esta suerte de lamento, se hace traza de sí mismo. Se funde en sus ropajes quemados de eternidad. Busca esos muros terminales de epitafios en los quicios de la nada. Por ello quedan los versos, palabras ácidas que son retazos de corazón contaminado. Se puede decir que el paisaje de Fortuna se hace hierro en la mirada del que observa. Desgajo de tierras pobres, asoladas, cita del reptil y rama despoblada. Como lo es el hombre que sufre y aspira sobre sí el desalojo de lo que fue gloria.

Conocemos la tierra porque la queremos en sus perfiles rotulados, la que hizo suya el poeta. Caprés acogotado por la rúbrica del misterio, brusca pesadilla de los dioses ocultos: rotundo esquema de barranco dantesco. Secarral de desierto. Paisaje de casa blanca y muros de hambres disecados. Queda un espacio aquí para la melancolía. Y sobre los poros de esa geología derribada se aposenta el esmalte de las horas transferidas.

Quedan los otros pueblos y sus amores. Salvador los conoce en la profundidad de la palabra. Cumplió su

destino en los surcos inéditos de sus pasos requeridos. Asombrosos fueron sus momentos de ocio solariego al regazo de la lumbre acogedora del hogar, desconsuelo ya de huerto y perro. Por eso grita ante el mundo su soledad y desamparo. Es el rumor que se escapa desde dentro, precisa romper en el aire de la desesperanza, tejerlo en una metáfora de sangre, y a veces calla su huella de dolor en la despedida. Quiere quedarse donde nació: primer soplo de aire fresco secular, dosificado por el tiempo de vida acortada. La voz aquí se hace de niño soterrado. Sobra la otra cadencia de subterfugio para romper la ira del desamor. Es la garra del esteta que deja nubarrones de alma en el papiro sin rotular de su vértigo de fuego fatuo, que es corifeo de almas derrumbadas.

La palabra en el poeta es de sangre purificada por un corazón dolorido. Voz penetrante bruñida de colores opacos, empeñada en domeñar lo bello en un éxtasis de emociones. Y esto es de tal manera, porque nuestro poeta exhala esa luz nítida contenida, llagada, cincelada por el cilicio que lleva dentro. Ama tanto a su tierra que desea morir oyéndola en su eternidad. A mí me parece que Salvador Pérez Valiente es un poeta que filosofa con sus metáforas estallantes, estremecedoras, que son un vahído del alma que se purga en su misma penitencia. Si en su poesía hay prosa incandescente, la prosa utilizada es fragancia de una flor de primavera, estela de ocaso que se consume en el silencio del tiempo vivido, efectos de color en el pórtico de los sentimientos. Viaja el poeta con la prosa untada de emociones. Huye de sí mismo para entrar en el paisaje, que es atmósfera ubicada en su alma de peregrino. Cada texto que modela se hace gesta de intimidad contenida. No puede expresarse de otra forma que utilizando la fuerza del verbo, dejando que cante el corazón lo que siente.

En este sentido la escritura roza la belleza sublime de las cosas, se hace coloquio entrañable, rubrica cada vivencia de su paisaje mediterráneo, como signo de atractiva serenidad de figura helénica. En *El libro de Elche*, por no ir más lejos, el escritor camina por la ciudad de la Dama con ojos vivos, lamiendo el casto friso de las reliquias de piedra ostentosa que gestan el templo donde se eleva el ángel azul, en alegoría del Misteri, como eje de la fiesta mariana. Y no cesa de admirar la gracia de la palmera bíblica. Desmenuza, en ese trayecto intenso por la urbe, cada remanso ubicado en el poso del tiempo. No puede retirarse del dolorido sentir de lo que observa, paso del hombre o querencia ajustada en el verde remolón de un naranjo que reposa complaciente para ser visto, y se mece al contacto del agua marina que aspira en su caminar. El libro cohabita con la poesía de Azorín o Miró, pero sin engañarse a sí mismo, dejando vertientes de un personalismo florido, exquisito. Lo dice Eugenio Montes en un prólogo de vértigo a su obra.

La prosa, en este sentido brinca la esfera estética de la poesía, se esparce en un cromatismo de tropos integradores, encontrados desde la emoción contenida. El poeta hace suyo lo que ve, recrea en una acción directa con el paisaje, la calle,

Continúa en la página siguiente...

Viene de la página anterior.

la lejanía; esa nube dolorida que es una cadencia de su pasado, añoranza escanciada en los poros de su alma. No hay mimesis sino recreación que ilumina cada frase sostenida, vivida en ese andar por sus amadas ciudades. No descarta de sí mismo la mediterraneidad, la frontal sombra de la palmera, densa luz sobre las dunas blancas de La Marina. El poeta va haciendo del camino esbozos recogidos en un diario de viejas semblanzas doloridas. Queda en el prosista el drenaje de la siesta descansada, la orgía del vuelo de la gaviota en piruetas indefinidas, jugosidad de dátil fértil revelado en una voz de proximidad.

La poesía se hace escritura de ritmos iluminados: pléyade de estrellas diseñadas desde el corazón de un hombre estremecido. Su poema completo es una filosofía de vida ensimismada, replegada al silencio de sus ausencias. Creo que desde este pristino y lacerado sentimiento, desde esta soledad transferida, hay que ver al hombre, situarlo en su oficio de poeta como ánima purgándose en esta hoguera de vanidades dislocadas. Late su corazón al son de sus recuerdos efímeros como esos relajos del pintor holandés deletreando su hogar, recostado en la lumbre del sosiego. He aquí al hombre desarmado y solo. Su queja es la del poeta que al envejecer se ladea del mundanal esperpento de una sociedad opaca, y se funde en el aroma del

recuerdo buscando en la memoria proustiana el renacer de una bruma. En todo caso el escritor no puede ser más que él mismo llevando su esqueleto untado de su tierra, a la que se dona en eternal fragancia.

Cabe la palabra vibrante ante una evocación, acaso el elogio de lo que se ama desde la misma ausencia. Es una convivencia con el tiempo. El ayer se hace hoy mismo, se humedece con el eco del recuerdo de quien nos contagió con su oficio de querer a su tierra, la casa y el patio, el camino y la cañada, la ocasión del encuentro con los suyos. Conoció al hombre poeta, inquieto, con ojos de lunas blancas y palmeras orilladas junto al mar. Lo conocí entre libros y miradas de montañas vecinales, donde la sierra se encuentra con el águila real. Cercano siempre, sin ocultarse ante el mundo, sin humos extraños, pero sí con el alma henchida de la luz de España, esa "luz que iluminará duro descombre". Y aquella mañana de un día de encuentro necesario, Salvador Pérez Valiente me reveló ese don de la poesía, que es, más que una voz temblorosa, un estallido de su sentir más hondo, como señala Hegel en su *Poética*.

Y entonces lo viví en cada página, verso insólito que te estremece. Ahora la lejanía hace que entienda mejor sus latidos de pasión y melancolía, sus palabras estoicas, su semblante desmarcado por la ausencia del ser amado

mientras se abren ventanas de soles apagados.

Ahora voy por Fortuna, que es mi tierra de corazón vivo, y entiendo sus horas que vivió el poeta con su vejez de querencia consumida. Cuando de vez en vez me acerco a esta villa de cueva y rambla, de cercanos hogares encendidos, presiento que una voz de ternura me persigue. Y me encuentro bien caminando por los surcos inéditos de su paisaje. Y miro sus casitas y terrazas solitarias. Y las nubes rosadas del atardecer me dejan lágrimas en los ojos.

Sé que este es el momento de encuentro con el poeta de esta tierra, y que las lágrimas se dejan caer como lluvia relamida, pero intuyo que algo queda en mí aprendido. Fueros sus miradas y palabras, aquella tristeza desorientada junto a su ventanal de horas azules y ocasos de púrpura. Desde aquella tarde, que fue la última, todo cambió en mí. Todo era un lienzo de colores matizados por el aroma de una voz de nostalgias contenidas. Ahora vuelvo a abrir las páginas secretas del poeta Salvador Pérez Valiente y me

sientodistinto. Peregrino soy en pos de una voz inacabable.

Fulgencio Saura Mira
Cronista de Fortuna





No será en este espacio donde el lector pueda profundizar en los conocimientos literarios sobre la excelente obra y gran personalidad de Salvador Pérez Valiente. Yo no dedicaré este texto a tal menester. Sería por mi parte un atrevimiento, dado los conocimientos y capacidades de los que sí lo han hecho, y muy bien, a lo largo de este especial de *La Voz de Fortuna* en el centenario del nacimiento del poeta.

Salvador como persona, engañaba, y así lo han puesto de manifiesto muchos de los críticos literarios que se han manifestado sobre la personalidad de este poeta. Aparentaba ser un hombre duro, arisco, áspero, allá donde los haya, pero a poco que rascaras su piel, descubríais de inmediato que se trataba de una simple coraza con la que intentaba protegerse de algo inexistente y muy lejano, de algo que en su infancia más temprana le marcó para siempre, porque su alma estaba hecha de otra "pasta", tremendamente sensible. Esta segunda característica del hombre poeta sale a relucir cuando en su poesía hace, por ejemplo, referencia a su amado perro Ton. Es entonces cuando explota el hombre oculto, el hombre con un corazón inmenso y unos sentimientos difíciles de describir.

Sobre su obra, como ya dije al principio, hay voces más que suficientes que nos ilustran con todo lujo de detalles de cuáles son sus capacidades y características, que nos vienen a certificar que se trata de un poeta de primera línea en la lírica de su época, que no se dejó nunca guiar por nadie, quizá porque su carácter indómito se lo impedía. Siguió siempre su propio instinto, lo que le condujo a no seguir un tipo de poesía comercial, adaptada a la moda de cada momento, y sí a buscar y conseguir una poesía distinta, como la que él creaba, sincera y certera, eterna.

Muchos de sus poemas están dedicados a nuestro pueblo, Fortuna, como se pone de manifiesto, entre otros, en la página 25 de su libro *Volcán*:

Dos cantares

Me voy mañana a la siega
con nueve más de
cuadrilla,
unos de Fortuna ciega,
los otros de Alcantarilla.

No olvidó en absoluto a los jornaleros del campo en su poesía, como deja bien claro en esos versos.

También a la muerte dedicó bellos versos, como los del soneto que en la página 39 del mismo poemario dedica al cementerio de la localidad de Berria (Álava), en el que hace mención a su inseparable y querido perro Ton, y que dice así:

BERRIA y el pino aquel. No se me olvida.
Empujaré una puerta, estaré cierto
de que la piedra sigue allí y el huerto
donde se nos guadaña a la medida.

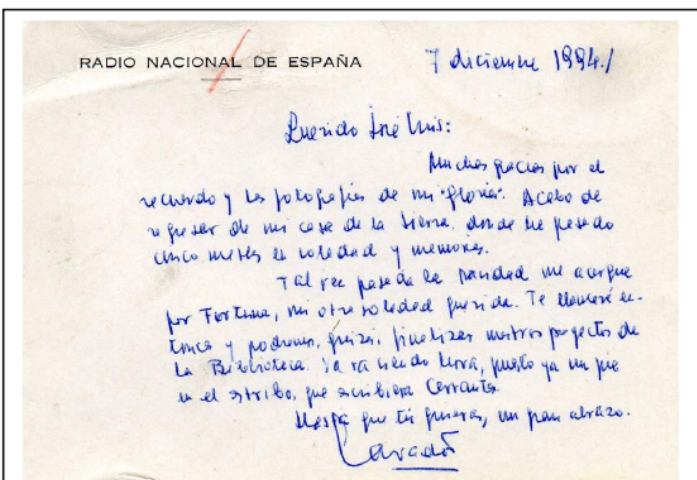
Ahora, la fantasmal atardecida
pondrá en el corazón de cada muerto
la flor del aire, y dormirá desierto
el enterrado nombre de la vida.

Mi perro y yo por la silente playa;
oh Ton que me comprende y que se calla
mientras vuela en el tiempo una cerceta.

Grité los apellidos, pero en vano.
Solo mi perro y yo, contra el verano,
y una tapia detrás, fresca y serena.

Pero lo más grande que para nuestro pueblo podía hacer un hombre y poeta, lo hizo Salvador Pérez Valiente el 1 de diciembre de 2000, al contemplar a todos los fortuneros en su testamento, dejándonos en herencia toda su biblioteca y "algunas cosas más", parece, de las que hoy conocemos.

Salvador ya tenía previsto este final desde algunos años antes de esa firma, pues en los archivos de *La Voz de Fortuna* disponemos de un documento que así lo certifica, datado el 7 de diciembre de 1994. Se trata de una nota personal enviada desde Radio Nacional de España, donde él trabajaba, al alcalde de entonces, recordándole que podrían "finalizar nuestros proyectos de la Biblioteca", es decir, la donación de su biblioteca, que él tenía ya muy meditada.



Nota del poeta don Salvador Pérez Valiente al alcalde de Fortuna don José Luis Martínez Sánchez

Transcripción de la nota:

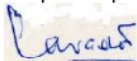
RADIO NACIONAL DE ESPAÑA 7 diciembre 1994./

Querido José Luis:

Muchas gracias por el recuerdo y la fotografía de mi "gloria". Acabo de regresar de mi casa de la Sierra, donde he pasado cinco meses en soledad y memoria

Tal vez pasada la Navidad me acerque por Fortuna, mi otra soledad querida. Te llamaré entonces y quizás, finalizar nuestros proyectos de la Biblioteca. Ya va siendo hora, puesto ya un pie en el estribo, que escribiera Cervantes.

Hasta que tú quieras, un gran abrazo.



Agradecimiento

Pero en el asunto de esta donación del poeta sigue habiendo muchas lagunas y algunos cabos sueltos que nos tienen preocupados por la falta de claridad y transparencia en el proceso de recogida, transporte y custodia del legado. Hay algo en toda esta cuestión que nos sorprende y que no vamos a omitir aquí, siquiera sea por respeto a nuestros lectores y, sobre todo, a nuestros vecinos, destinatarios de la donación. Lo haremos en forma de preguntas para las que, de momento, no tenemos respuestas, pero sí la esperanza de que, por parte de alguien, de quien corresponda, que las sepa y quiera responder, lo haga a través de este medio en la edición siguiente o por otro conducto, si así lo cree adecuado.

¿Por qué de esta donación del poeta al pueblo de Fortuna de 30, 150, 1200, 3000, 9000 volúmenes —o los que sean, pues no lo sabemos con exactitud—, no se elaboró una relación pormenorizada, anotando uno a uno los títulos de los libros?

¿Quiénes fueron a Madrid a recoger este legado y con qué medios?

¿Por qué, en lugar de proceder a su descarga en el Ayuntamiento no se llevó directamente a la biblioteca pública municipal?

¿Bajo la custodia de quién o quiénes, en el Ayuntamiento, estuvieron las cajas en las que se transportaron los libros?

¿Por qué estuvo este legado tanto tiempo en el Ayuntamiento, y solo recientemente se ordenó, por parte del actual alcalde, José Enrique Gil Carrillo, su traslado a las dependencias de la biblioteca?

¿Solo había libros o había también algunos cuadros de importantísimos pintores y muchas carpetas con recortes y documentos diversos?

¿El porqué de tanto tiempo —12 años de "secuestro"— privando de este legado a sus legítimos herederos, hasta que el alcalde ha iniciado el proceso de su puesta en valor y acondicionamiento en una sala especial de la biblioteca?

¿Por qué no se abrió un expediente en el área de la concejalía de Cultura sobre este importante asunto, y por qué no hay ni rastro de documentación relativa al mismo, ni tan siquiera del trámite seguido?

La Voz de Fortuna ya solicitó el pasado día 24 de julio, sin éxito, copias o fotocopias del mismo.

Continúa en la página siguiente...

Viene de la página anterior



Antonio Pérez Gracia, con DNI nº 74309200H y domicilio a efectos de notificación en la calle Puente Salvador Pérez Valiente nº 41, como director y en nombre del consejo de redacción del periódico local La Voz de Fortuna, ante usted,

EXPONGO:

1º.- Que desde el meslo que dirijo, nos hemos planteado, a los efectos de informar a todos nuestros lectores, recabar toda la información posible sobre la figura del poeta Salvador Pérez Valiente en relación con nuestro Ayuntamiento, al que en su momento, en abril de 1981, la corporación municipal dedicó la calle que anteriormente fue conocida con el nombre de José Calvo Sotelo, quien vino a sustituir a su anterior titular don José Canales Méndez.

2º.- Que desde la redacción estamos interesados en los acuerdos municipales de pleno, comisión de gobierno, resoluciones de alcaldía u otros documentos en los que se haga mención o referencia a este poeta, dado que al fin de sus días cedió la propiedad de toda su biblioteca y otros elementos —tales como documentos literarios, carpetas con recortes periodísticos, "posibles cuadros u otras obras de arte", etc.— al pueblo de Fortuna.

3º.- Es conocido y sabido que el 17 de mayo de 2002 se desplazaron a la casa del poeta en Madrid, el entonces alcalde de Fortuna don Matías Carrillo, el concejal de Cultura don Francisco Gómez y el poeta local don Cecilio Hernández Rubira, donde se rubricó y formalizó la donación de parte de su patrimonio literario y artístico.

Por todo ello,

Quedamos a la espera de su contestación expresa, para que una vez indagado en los distintos departamentos municipales o preguntado a los que tuvieron y llevaron a cabo el mencionado asunto, nos indique la posibilidad de disponer de copia de todos los documentos públicos que se hayan podido originar con motivo de tal cesión.

Sin más, quedamos a la espera de sus noticias, las cuales le agradecemos de antemano.

Fortuna, 23 de julio de 2018
Antonio Pérez Gracia
Director del periódico local
La voz de Fortuna

SR. ALCALDE PRESIDENTE DEL AYUNTAMIENTO DE FORTUNA. (Murcia)

Lo que sí sabemos es que no hace mucho tiempo que se inició la catalogación de los libros, que finalmente han llegado a manos de la bibliotecaria, María Dolores Lozano.

La Voz de Fortuna mantuvo en junio una reunión con algunos miembros de la familia del poeta y la sensación que teniendo todo esto era un tanto confusa, pues apenas nos pudieron dar algunos detalles sobre el particular.

Desde estas líneas, no nos queda más que un motivo de agradecimiento —en mi nombre, y en el de todos y cada uno de los

componentes del consejo de redacción de *La Voz de Fortuna*— para este poeta y hombre, "fortunero de dinamita", que, hasta los últimos minutos de su vida, tuvo en su memoria a nuestro pueblo, nombrándolo custodio eterno de su obra.

Gracias, poeta.

Antonio Pérez Gracia
Director de La Voz de Fortuna



21-06-2018. Encuentro de familiares y amigos del poeta en el Café-Teatro del Balneario de Leana

MURCIANO DE DINAMITA

Con odio, con temor, con ira, el octavo de los poemarios de Salvador Pérez Valiente, ganó el premio Francisco de Quevedo del Ayuntamiento de Madrid en 1976, recién recuperada la democracia en España. Recoge una selección de poemas del "murciano de dinamita", que van desde 1960 a 1973, y que se habían mantenido inéditos hasta entonces por temor a la censura franquista. Es, en palabras de su autor, un "libro duro, irónico y despreciativo". Mientras los jóvenes poetas "se entretienen con los oropeles del versículo", Pérez Valiente se "desnuda" y dice las cosas por su propio nombre, liberándose de personajes y situaciones que ha tenido que sufrir durante años. Su poesía es la del hombre cocido a fuego lento con su dolor personal, es la obra de un denunciador que pone en cada palabra "su tiro de gracia" y acto seguido echa a andar sin mirar para atrás.

En la dedicatoria del libro deja muy clara su intención: "A los que me humillaron, sin perdón. Ellos, que tanto merecieron durante tantos años, también merecen este libro". (José L. Martínez)

ANOTACIÓN AL MARGEN

Ni con garrote vil.
No pagaréis
ni condecorados con Grandes Cruces,
ni premiados por la costumbre,
ni siempre a sueldo,
ni firmando lo que yo escribo,
ni diciendo lo que ya dije,
ni ahora que estáis cantando mi canción,
ni desde la paternalista suficiencia
de vuestras fabricaciones perecederas
todos los lunes.
Ni confesando a última hora,
ni ya entierro y cenizas.

Nunca perdonaré lo que habéis hecho
del adolescente que creía.

HAY REPETIDO

HAY nombres, campos, ríos,
puñados de la patria,
silencio de alamedas y sotillos,
panes que el tiempo embarga;
oscuras lavanderas
que vienen de mi infancia,
y sangre fratricida de una guerra
sobre el mapa de España.
Y cementerios.

Tierra
que duele, mi madrastra.

LA CONDECORACIÓN

Como era un poco tonto,
quizá bastante tonto,
ese tonto más listo
que escribe sin cesar correctamente
lo de "ahí hay un tonto que dice ¡ay!";
como iba para tonto irrenunciable
y hasta el señor Ministro lo sabía,
fue condecorado, a perpetuidad,
con la Orden del Asentimiento,
con el Gran Lazo de la Escoba
y la Seráfica Encomienda de la Domesticación.

Ese tonto profundo, abisal,
lee su periódico
y se sienta detrás de una mesa,
demasiado grande y maciza,
mientras telefona con urgencia
a los máximos tontos del país.

De tontos como éste
se está muriendo España que nos pudre,
que nos entierra vivos
y nos duele hasta el tuétano.

Trabajo,
me padezco,
voy a mis cosas.
El tonto toca un timbre.
—¿Se puede?
(Hay que decirlo con manso desamparo).

Nunca podré mirarme ya a un espejo.

EL PREMIO

Lo importante es que cuenten contigo (aunque de
[cierto modo])
y te dejen llegar hasta la puerta;
que de tu poema diferente pueda decirse que es
[siempre el mismo]
y de tu palabra, que fue oída antes de pronunciarse
[para morir].
Lo importante es que sigas estando aquí, como se
[espera,
y que sepas que de un momento a otro,
luego, mañana mismo,
alguien preguntará:
¿conociáis tal vez al extranjero?
Y leerá esto que escribes.

LA DESPEDIDA

NO diré más,
patria mía, te amo,
clavel,
esperanza, fortuna,
verdes aguas de un río.

Diré sueño.
Nunca más
escribiré en el margen,
junto al borde mismo,
ni consentiré que me dictéis.

Y aunque he de callar desde ahora,
despidiéndome,
con la grave y pesada tierra encima de mí,
pronunciaré la última palabra.
Si me lo permitís,
si todavía no es pecado,
diré en voz baja:
Hombre.

LOS MANDARINES

Busqué la palabra.
Durante años, por cada humillación, a cada ofensa,
[sobre tanta injusticia,
buceé la palabra en el estiércol y el cenagoso limo
[que se pudre.

Mas no existen palabras-horca, palabras-paredón,
esas definitivas voces
que asesinan y manchan como un tiro en la nuca.
Sentado ante mi mesa de oficina,
cercado de vulgares menesteres y subordinaciones,
esperé la palabra.

Pude pensar un libro,
pude ganar un premio,
pude olvidarme entre mis lápices,
y la feroz palabra de mi odio se resistía a nacer.

Soñé matarla un día,
tal era su angustiosa pesadumbre
y el hueco donde eterna resonaba.
Dije "cárcel". Y no valía.
Dije "miedo", "pistola", y no valían.
Dije "escupir", y no valía tampoco.

Pero, de repente,
como debe ser,
como se produce el milagro y aún nos resistimos
[a su beso,

escribí lo de siempre: "Usía Ilustrísima".

Y supe ya que la palabra,
mi cruel palabra vengadora, tanto tiempo esperada,
estaba hecha.

CARTA DESDE FORTUNA A SALVADOR PÉREZ VALIENTE

*Fortuna es un secanal
sin agua y sin esperanza.*
S. Pérez Valiente

DESDE Fortuna grito.
Tú sabes, Salvador Pérez Valiente,
la aridez de estas tierras de granito.
Lo sabe mucha gente
por lo que de ellas tú y yo hemos escrito.

Se leyeron aquí tus poesías
(de las que saco esta expresiva cita).
Por poco si se irrita
(me abstengo de citar) quien tú aludías
y alguna gente que ni da ni quita.

Después nos llegó *Arriba*
con tu entrañable carta, más que abierta.
Y aquí fue el mal humor, bilis, saliva
de no pocos ociosos y de cierta
gentedilla venal, provocativa.

Y, muy posteriormente,
tus versos, azogados y robustos.
Tu decir, como tú, fue muy valiente.
Más ¿quién mueve a esta gente
si casi duerme el sueño de los justos?

Te digo que me duele
tantísima malicia manifiesta.
La cosa es que repele
la ingrata incomprensión de la gente esta,
que todo lo sabe y se lo muele.

Aquí no hay más razones
que las que nos impone la rutina.
Huelgan las soluciones.
Perece uno aquí de asco, aquí uno fina
bajo el peso de tantas sinrazones.

Meternos a Quijotes
ha sido, Salvador, nuestra condena.
Aunque aquí no haya mar, hay galeotes
que, si intentas cortarles la cadena,
te tiran piedras y te dan de azotes...

Y, sin embargo, mira,
aún ponemos el grito
en el cielo, y, rayando casi en ira,
por estas gentes que pedradas tira
mil remedios pedimos por escrito.

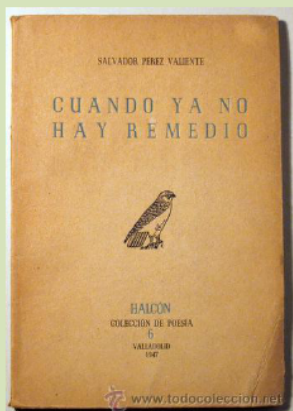
¿Será lluvia en el mar nuestro lamento?
Bien sabes que esta tierra está llagada
por un acuchillante fuego lento.
Es la angustia, el geológico tormento
del niño Salvador "mirando a nada".

Recuerdo aquí tu verso
porque me gusta, por lo humano y duro.
Es como este aire de cortante y terso,
sincerado en dolor, agudo, inmerso
en esta soledad donde me apuro.

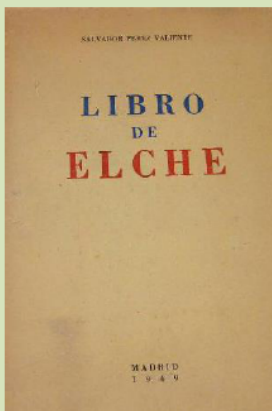
Desde Fortuna escribo
esta carta que a ti va dirigida.
En pleno campo estoy. Veo el cultivo
requemado de sol, falto de vida,
iy esta tierra marcada a fuego vivo!

Francisco Sánchez Bautista
(*Cartas y testimonios*)

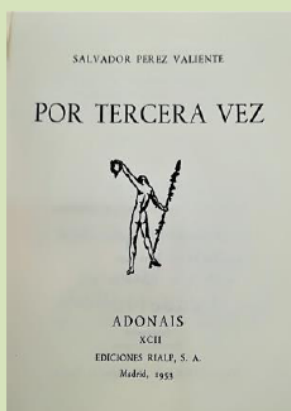
Bibliografía de Salvador Pérez Valiente



Valladolid, 1947



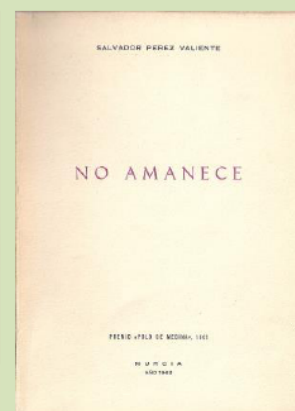
Madrid, 1949



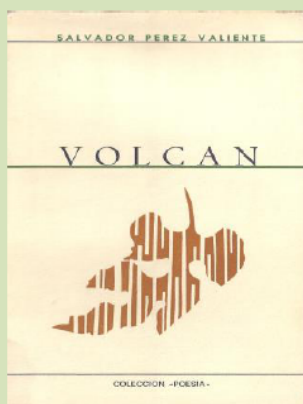
Madrid, 1953



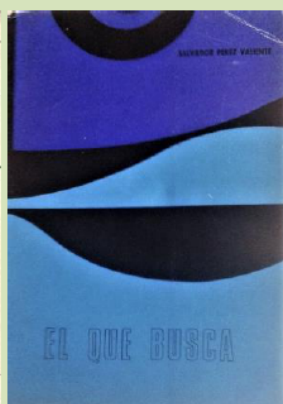
Madrid, 1960



Murcia, 1962



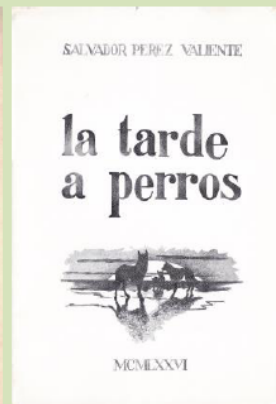
Madrid, 1965



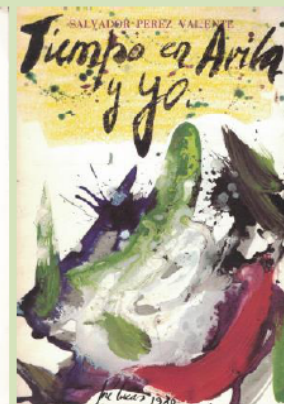
Madrid, 1973



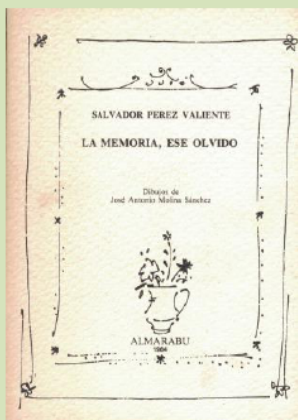
Madrid, 1976



Madrid, 1976



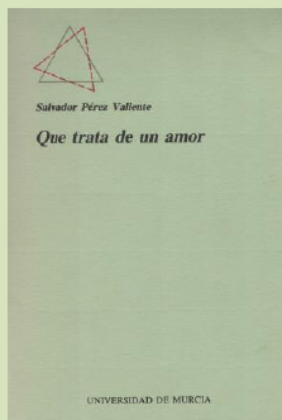
Madrid, 1980



Madrid, 1984



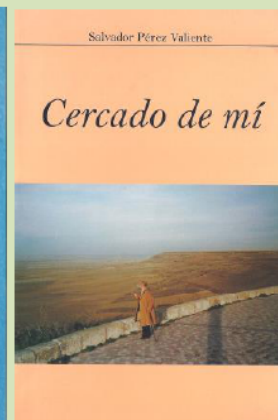
Sevilla, 1988



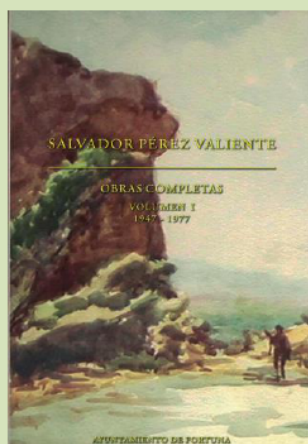
Murcia, 1991



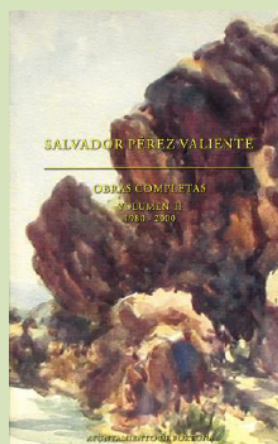
Murcia, 1993



Palencia, 2000



Murcia, 2002 (Volumen I)



Murcia, 2002 (Volumen II)